

El Ruedo



3
PTAS.

Caldentrey

SEMANARIO GEOGRAFICO DE LOS TOROS



¡Ay, mi sombrero!



El Ruedo

Semanario gráfico de los toros
FUNDADO POR MANUEL FERNANDEZ CUESTA
Dirección: Fernán González, 28. Teléfs. 265091-265092
Administración: Alfonso XII, 26.—Teléf. 214460
Año VI - Madrid, 3 de marzo de 1949 - N.º 245

Director: MANUEL CASANOVA



Al festival que se celebró el domingo en Vista Alegre asistió la señorita María del Carmen Franco, hija de S. E. el Jefe del Estado, que ocupó una barrera (Foto Cifra)

★ CADA SEMANA ★

Los espadas que no pinchan y las puyas que matan

NO hay ya para qué insistir en la costumbre adoptada por los matadores de toros y aun de novillos, y de los más modestos, al emplear una espada de madera en vez de la de «verdadera» durante las faenas de muleta. Como los toreros han advertido que los públicos no protestan, la mayoría de ellos buscan el procedimiento que les resulta más cómodo, por lo visto. En el puro entendimiento de la lidia, es un error, pues muchas ocasiones de poder matar bien un toro se malogran por ese «paseillo» desde el tercio a la barrera, especie de «suertes» nueva que habrá que incluir en las futuras tauromaquias.

Pero así es. En los dos festejos que llevamos presenciados en Madrid, la espada de madera se ha impuesto, ante el hecho de que no se ha producido ni siquiera el menor rumor que significase disgusto o contrariedad. Bien. Si acaso, nos queda el recurso de establecer nuestra protesta personal, como la de un gran aficionado a quien en la temporada anterior, en una Plaza del Norte, un torero con la muleta y su espadita infantil de Escuela de Aprendices se acercó a brindarle.

El aficionado le dijo al torero.

—¿Qué me brindas?

—La muerte de este toro —contestó el torero, un poco sorprendido.

—¿Y cómo lo vas a matar? ¿Con ese «palito»?

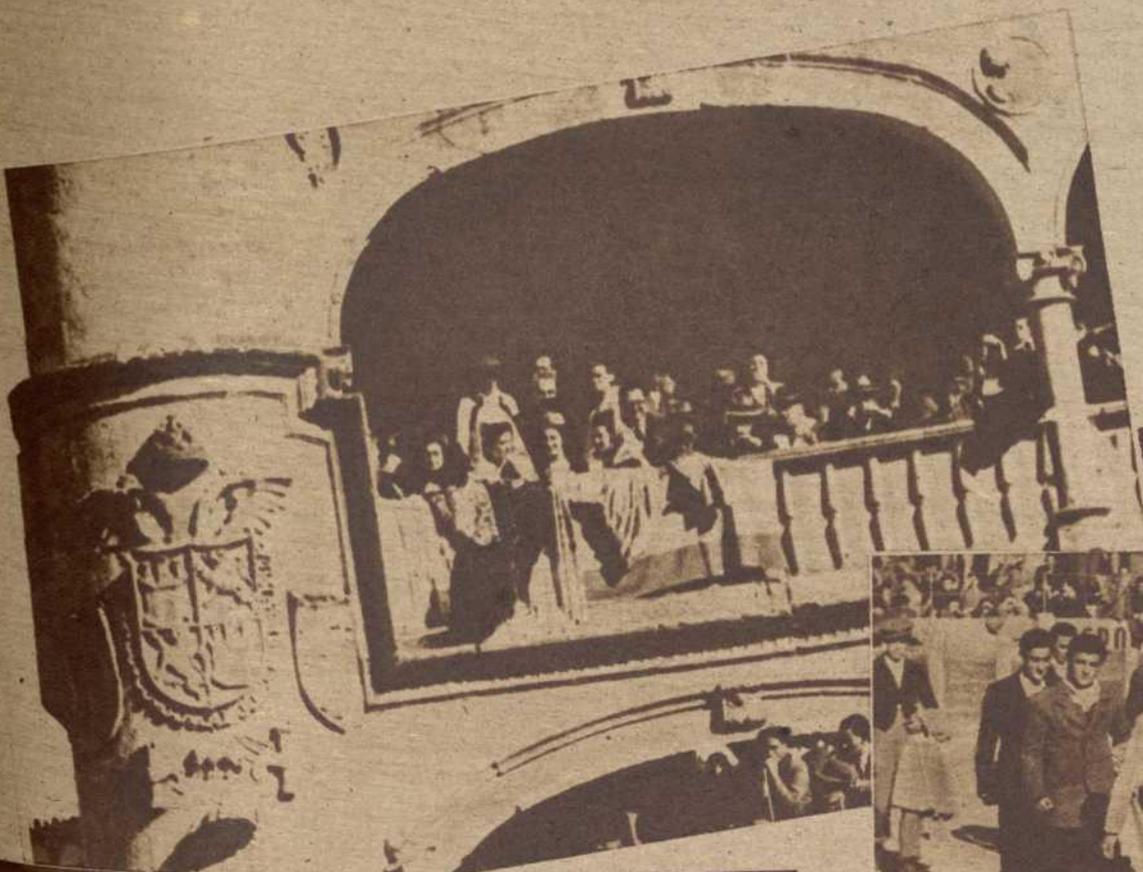
Pero el «palito» ha tomado ya carta de naturaleza, y no creemos que la cosa tenga remedio. Conforme, pues, en lo de las espadas que no pinchan; pero que no lleguemos, ¡por Dios!, a las puyas que matan. Porque, según el cable, en la corrida celebrada el domingo en Cartagena (Colombia), en la que alternaban «Belmonteño» y Paco Lara, el picador «Tarquino», al colocar la primera vara, hizo rodar al toro sin puntilla. Y eso sería acabar las corridas demasiado pronto. Aunque, medio en serio, medio en broma, es la teoría sostenida por algunos toreros.

Se decía un matador a otro, también en la temporada pasada:

—Habrás visto que no he querido que le pegaran más al toro, y que he evitado que le dieran otro puyazo.

—Pues has hecho mal —le replicó su compañero—. La «obligación» del toro cuando sale al ruedo es la de que lo maten. De modo que cuanto antes, mejor...

Esperemos que esto de matar los toros a la primera vara no quede «en temporal», como las espaditas de madera. —C.



En Valladolid se ha inaugurado otra Escuela Taurina por iniciativa del diario «Libertad». La primera lección práctica se dió el domingo, y éstos son los alumnos que hicieron el paseo (Foto Carvajal)



El sábado pasado comenzaron las tradicionales fiestas de Ciudad Rodrigo. La presidencia ocupa un balcón del Ayuntamiento (Foto Prieto)

PREGON DE TOROS

DE TOROS
Por JUAN LEON

HASTA cinco mil quinientas pesetas puede ascender la multa impuesta a un ganadero por un solo toro falto de peso, según la reciente orden del Ministerio de la Gobernación, que modifica la orden circular de 28 de abril de 1943, que reformaba, a su vez, provisionalmente, el artículo 27 del Reglamento de Espectáculos Taurinos. Es decir, que si no llegó la modificación total del Reglamento que se esperaba, ha llegado una medida muy saludable para la actual temporada, sobre la que se cernía la amenaza de celebrarse con ganado escaso, caro y falto de trapío.

La citada orden, que fué recogida en el último número de **EL RUEDO**, después de disponer que el peso de los toros se exija con todo rigor, establece una nueva escala de multas, de importancia muy superior a la que rigió en temporadas anteriores, en armonía con el precio que en la actualidad alcanzan los toros de lidia. Es una medida protectora de la Fiesta y de los intereses del público, que obligará a los ganaderos a seleccionar sus productos con esmero y a no dar como corridas de toros reses que sólo para novilladas serían aceptables. Claro queda también en la orden que podrán presentarse ocasiones en que las faltas de peso no sean imputables al ganadero, y para ellas se abre el procedimiento en virtud del cual puedan exigirse a las Empresas.

En Madrid, con las viejas o con las nuevas sanciones, gracias a la rigurosa y activa intervención de la Dirección General de Seguridad, los aficionados están siempre protegidos contra la falta de trapío de los toros. Las pocas veces que se protesta un toro por falta de peso y la presidencia accede a que se retire, se demuestra luego en la báscula que el sustituto pesó menos que el sustituido. Pero en la mayoría de las Plazas de provincias la disposición comentada surtirá gran efecto.

El único peligro que puede temerse es el de que los ganaderos, que aun no han concretado sus aspiraciones para la actual temporada, carguen ya en los precios que exijan el importe de las posibles multas. Pero para esto puede haber también la correspondiente medida de la tasa. Ya es sabido, lo proclamaba el diario «Arriba» días pasados en un gran titular, que «la política de intervención de precios es una política mundial». En el mundo entero se ha reconocido, en efecto, la conveniencia de imponer un tope a la ambición de cada uno. Da igual que se trate de artículos de primera necesidad que de otros más o menos suntuarios; basta que afecten a una gran masa de público para que las autoridades correspondientes puedan y deban intervenir.

Sobre las demás disposiciones reglamentarias que precisan modificación, nada se echará de menos si con el mismo rigor que se exigirá el peso de los toros se exige el cumplimiento de las vigentes: las ruedas de peones tras el pinchazo o la estocada; el deambular por el callejón de alguacillos mozos, ayudantes, etcétera; la presencia de polizones en escalerillas y tendidos; el paso y repaso de tendido a tendido de vendedores de gaseosas, lotería, caramelos, helados y otras chucherías, y tantas otras

cosas como perturban y molestan al público y al normal desarrollo del espectáculo.

Esperemos, pues, que la temporada, tan desdichadamente comenzada en Madrid, en cuanto a ganado, tome el rumbo apetecido por sus apasionados partidarios.

(Dibujos de Ismael Guesla y Jiménez Lorente.)



LA GIRALDA y la PUERTA de ALCALA están de acuerdo



Si, señores. La Giralda y la Puerta de Alcalá han sostenido un interesante diálogo sobre esta magnífica fotografía del madrileñísimo torero de Embajadores Manolo Escudero.

La orgullosa Giralda, al fin y al cabo hembra, se ha estremecido de gozo ante la enjundia, gracia y estética de este soberano muletazo que Manolo Escudero está dibujando con los más finos motivos arabescos de su arte sin par... Y la Giralda le ha dicho a la Puerta de Alcalá que Manolillo el de Embajadores debía de haber nacido en Sevilla...

Por contra, la Puerta de Alcalá, ufana de su legendaria y señera tradición, le ha contestado a la Giralda que este soberbio muletazo que está cincelandando Escudero reúne en sí toda la valentía, firmeza y reciedumbre castellanitas..., personificadas en uno de sus más preclaros hijos.

Y el diálogo y la discusión entre ambas han subido de tono y se han hecho vivos..., para terminar dándose la mano y reconocer, como lo reconocen todos los aficionados taurinos, que Manolo Escudero, con su toreo personal e inimitable, es el genuino exponente del arte... en la españolisima fiesta de toros.

TRANQUILLO



Festival a beneficio de la Cofradía del Cristo de los Toreros

Siete novillos de Cembrano para el duque de Pínohermoso, Luis Miguel Dominguín, Domingo Ortega, Pedro Robredo, Paco Muñoz y Manuel Navarro

El séptimo bicho fué regalado por Luis Miguel Dominguín



ESTE Domingo Ortega del festival del pasado domingo es el mayor enemigo del torero Domingo Ortega en las tardes de poco éxito. Este Domingo Ortega no puede alegar en descargo suyo razón alguna que justifique su salida de los ruedos sin haber conseguido el triunfo apoteósico, sean cuales fueren las circunstancias, y sean buenas, medianas, malas o pésimas las condiciones de las reses que haya de lidiar. Domingo Ortega ha puesto punto final a una discusión reciente. Hoy no se torea mejor ni peor que antes. Unos toorean bien, y otros toorean mal, como toorean... todos los que no comprenden el toreo de Ortega, que son la inmensa mayoría. En fin, ya sé que mis lectores van a decirme que estoy descubriendo el Mediterráneo, y por esto no sigo hablando de lo que el domingo pareció el toreo de Ortega al público que ocupó totalmente las localidades de la Plaza de Vista Alegre. Con lo dicho basta para que aquellos que no asistieron al festival tengan idea aproximada del triunfo de Ortega. Añadamos que cortó las dos orejas de su novillo y fué ovacionado en todas, absolutamente todas, sus intervenciones.

Hubo otro torero que se hizo aplaudir con entusiasmo: Luis Miguel Dominguín. El pequeño de los Dominguines es el torero de más firme e intensa afición de todos los que visten de luces. Torero a caballo, a pie, con

El duque de Pínohermoso en uno de sus magníficos momentos

Luis Miguel Dominguín clavando un par a su novillo de rejones



ción y mereció, cumplidamente, los muchos aplausos con que fué premiada su actuación.

Pedro Robredo salió del paso, y Paco Muñoz se limitó a cumplir.

En el lote de novillos de Cembrano hubo de todo, y no abundó lo bueno.

Se agotaron las localidades. El festejo resultó entretenido y, a ratos, de gran calidad.

Es de suponer que los organizadores estarán satisfechos, ya que el resultado económico del festival fué magnífico, y los lidiadores hicieron cuanto estaba de su parte para entretener agradablemente al público.

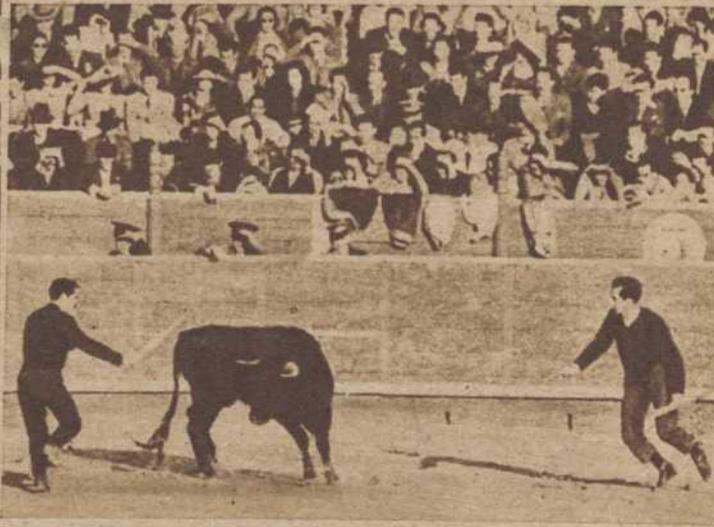
BARICO



Dominguín toreando al natural al manso que le correspondió

Domingo Ortega toreando, con mucha suavidad, por verónicas

Un momento de apuro de Pedro Robredo durante su faena de muleta



Paco Muñoz no pudo lucirse, aunque dió algún muletazo bueno

Manolo Navarro y Luis Miguel en el tercio de banderillas del sexto

(Fotos Cifra)

capa, con banderillas, con muleta, con estoque y a cuerpo limpio. No quedó contento con lo que había hecho en su novillo de rejones —un bicho que huía de su sombra, y hacía muy bien, porque la tenía muy mala—, y a la primera insinuación de un espectador pidió despachar el sobrero. Bien estuvo en su primero, y mejor en el séptimo. Veroniqueó, banderilleó, muleteó, rejoneó y mató irremediablemente, e hizo cuatro quites a cuerpo limpio, de los que no se olvidan. Torero en todo momento y en las más diversas suertes. Su puntillero no marró y esta fué la causa de que, en una tarde cuajada de aciertos no viéremos a Luis Miguel actuar de cachetero. Fué lo único que no hizo, y seguramente, si lo hubiese intentado, lo hubiera hecho bien.

El duque de Pínohermoso cortó oreja y dió la vuelta al ruedo. Gran caballista, demostró que se halla en un buen momento, cada vez más seguro y dueño de todos los resortes precisos para que su labor sea admirada y tenida muy en cuenta. También Manolo Navarro tuvo una feliz actua-

CUENTOS DEL VIEJO MAYORAL
**"En la historia del
 torero sólo ha habido
 un toro grande"**

DEJEMONOS de cuentos de camino. Desde que el mundo es mundo, sólo ha habido un toro de lidia verdaderamente grande. Y no se llamaba «Espantavivos», ni «Ballenato», ni «Huracán», ni siquiera «Tragabuches». Se llamaba modestamente «Rubito», como si la cosa no tuviera importancia, y era de la ganadería de don José de Ales, uno de los ganaderos más concienzudos y más amantes del campo de cuantos yo he conocido, y cuenta que han sido unos cuantos. Don José siempre tenía el ganado gordo, como cumple a la gran finca que reunía, pues juntaba a sus propiedades las más numerosas de su suegro, don Máximo Hernán. Muchas fanegas de tierra y de pasto muy rico.

En este año de 1916, que es el de mi historia, el citado ganadero tenía a disposición de las Empresas, y en buenas condiciones de presentación, toros de tres años, de cuatro, de cinco, de seis y de siete, aunque pocos de cada camada, ciertamente. Y no se crea que había huelga de compradores, pues no faltaban solicitantes para los cuatreños y cincoños: sin embargo, don José, había decidido venderlos por orden, es decir, empezando por los más antiguos. Esta manera de opinar resultaba un puro lujo, pero nuestro paisano era un ganadero «de las de antes». El tapón se había formado, sin duda, por los transtornos que supone siempre la división de una vacada, y en este caso hacía poco tiempo que don José se había separado de su hermano... para hacer cada uno de su capa un soyo. Y el caso es que mientras don Manuel vendía de prisa, don José se descuidó, sin duda, un poco, y de ahí el remanente que tenía por entonces.

Su vecino Julio Quintana, con quien le unía gran amistad, vino a romper el hielo, como suele decirse, al comprarle los toros de más edad, para lidiarlos aquí, en Colmenar, con cuya Plaza se había quedado. En seguida don José vendió para Palencia, sin limitación ninguna, y sucesivamente a otras Empresas, y aquello fué ya coser y cantar: entre ese año y el siguiente, quedó normalizada la marcha de la ganadería.

Quintana ha sido el mejor empresario que ha tenido nuestro pueblo, principalmente porque conoce como nadie los gustos del público. Ya se sabe que aquí lo que priva es la buena presentación del ganado. Por eso se le hacía al hombre la boca agua pensando en los comentarios tan favorables que aquellos toreros iban a provocar. El mismo, con su hablar fogoso, iba haciendo la propaganda por cafés y tertulias, hasta que un día, un vaquero de otra ganadería le dijo:

—¡Tanto hablar de los toros de siete años y resulta que los de seis son más grandes y con más cuernos!

—¿Dónde están?

—¡En su pradio de Navalgill!

—Mañana voy a verlos.

En efecto, le parecieron de menos peso quizá, pero más aparatosos y huesudos. Y en vista de ello, tanteó a «Mazzantinito», que en unión de «Punteret», estaba contratado para matar los cuatro toros el domingo de Remedios.

Con la sonrisa fingida, que pone en estos casos, le dijo:



—Mira, Tomas: es para mí un poco duro el echarle esos toros tan pasados, y he pensado cambiarlos por los que tienen un año menos.

Pero «Mazzantinito», que estaba al cabo de la calle, por tener aquí muchos conocidos, contestó:

—Muchas gracias, amigo Quintana, por su buen deseo. Pero es mejor dejar las cosas como están. Ya he visto a los viejales, y me han gustado mucho. Son muy bonitos y muy apañados de cabeza.

Parece que escoger cuatro toros de entre cinco es siempre problema fácil. Sin embargo, aquella vez Quintana no sabía qué hacer. Si le andaba a su capricho, debería echar el «Rubito», cuya lidia le interesaba enormemente, dado el colosal tamaño del pavo. Pero si, como es aconsejable, tiraba a igualar, tenía que dejarle, sin dudar ni un momento. «¡Buenos son los braveros —decía—. Si echamos este zángano, les faltará tiempo para decir que sólo va un toro y tres monas.» Al fin se prescindió de llevar al estante, y don José dijo que, por la clase de animales que presentaba, era mejor no encerrarlos, por si se arnaba algún estropeo. Los encajonó el sábado, tranquilamente, en Torrelodones; el camión navegó con la fresca, y antes de Misa Mayor se saltaron, para que no estuvieran en los corrales más que el tiempo justo, por temor a que no dejasen piedra sobre piedra. Como en aquellos tiempos se respetaba la prohibición de pisar el ruedo, los cañones se pusieron abocados a la puerta del toril, y los toros salían por el pasillo adelante, corriendo cuesta abajo, como verdaderas ciciones. Uno de ellos, llamado «Chovito», en el corral de los cuatro burladeros, se arrancó sobre el último de la derecha y quiso entrar adentro, saltando por encima de la alta y gruesa pared de mampostería. Su enorme corpachón se quedó un instante basculando y, por fortuna, cayó de nuevo al corral, sobre las patas. Si cae de cabeza, hubiera aplastado a las ocho o diez personas que estaban dentro... ¡Qué momento de emoción! Excuso decirte que en el apartado no dejaron sana ni una puerta... ¡Vaya modo de sacudir cornadas! Por supuesto, alguna de aquellas se desquició sólo de recibir un respaldío. A consecuencia de haber sufrido un golpe con la cornueita, el segundo toro, que era el más chico, salió con uno de los cuernos, preciosos cuernos de color de caramelo, un poco averiados. Y como aquí no se pasa por movimiento mal hecho, le protestaron y iré al corral. Al sustituto, de Bañuelo, se le recogió con grandes risas, porque, a pesar de que pasó de las 26 arrobas, al lado del otro era un gurrato.

El primer toro, llamado «Comerciante», fué muy bravo y muy noble, y pesó la friolera de 34 arrobas. El tercero y cuarto cumplieron y anduvieron por las 32. Al pobre «Punteret» le tocó el más alto de agujas, y por más que se empinaba, no alcanzaba al morrillo. Tanto se incomodó por este

detalle, que retiró el saludo a Quintana para el resto de su vida.

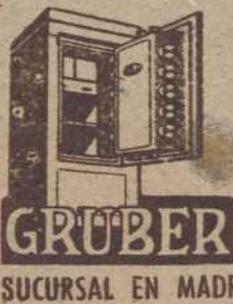
Desde entonces a acá no se han lidiado, ni se lidiarán nunca en Colmenar, toros mejor presentados. No tuvieron ninguna dificultad para su lidia, pero si alguna vez se aculaban en las tablas, rompían dos o tres lienzos de barrera. Los matadores estuvieron muy discretos, y el público disfrutó mucho con la corrida.

Cuando vayas de noche a casa de don José, fíjate en la lámpara del comedor, que es muy caprichosa. En vez de tener flecos de cuentas de vidrio, para resguardar a los ojos de la mucha luz, lleva colgados, todo alrededor, fotografías, en cristal, de toros, casi todos muy bonitos. Una de ellas representa a estos «pavos» de mi cuento. Un buen mozo cornicorto, que está un poco sesgado y con la cabeza humillada, es el que abrió Plaza. Un poco más lejos se ve a los otros. Los retrataron en la «Cera del estanque», cuando la yerba les llegaba a la tripa...

Y a todo esto, me dirás: «¿Qué fué del «Rubito»?...» Pues le pasó lo que le tenía que pasar. Cuando el traje de la temporada cesó por completo, don Felipe Gómez le «escabechó» de un escapetazo. Como era tan popular —por ser un verdadero fenómeno—, más de veinte personas fueron a verle matar a «Navalsol». A la hora de la verdad, devoraron un arroz con tropezones y una suculenta caldereta, preparada con unas magras del susodicho animalito. La canal pesó en el Matadero treinta y siete arrobas y media, a las cuales hay que añadir la una y media que se comieron y despendiciaron en el campo, que hacen ya treinta y nueve. Y teniendo en cuenta que el toro había perdido, los cuerniceros calcularon que en primavera pesaría CUARENTA Y DOS ARROBAS, o sea, unos 200 kilogramos en vivo, lo cual no es ninguna bagatela, y conste que este peso se alcanzaba a fuerza de esqueleto y no de gordura... ¡¡Un verdadero monumento!!

Desde entonces, ningún toro me parece grande. Cuando me hablan de alguno, pregunto su peso. «Veintinueve arrobas», y pienso: «¡Bah! el «Rubito» pesó trece más...» «Treinta y dos arrobas», y digo: «¿Y qué? El «Rubito» tenía diez más.» Y así sucesivamente, pues como dice la gente joven, el aless de esta historia sigue batiendo el récord. En la historia de la ganadería brava no ha habido ningún toro como éste. Claro está que no se lidió, pero fué por lo mismo, porque no había otros dos toros que emparejasen con él: que si no, hubiera muerto en Colmenar a manos de Tomás Alarcón o de Juan Cecilio. Y como antes se decía, este hermosísimo ejemplar no se llamaba «Jaquetón», ni «Fierabrás», ni «Matajacas», sino solamente «Rubito». Así, como quien no quiere la cosa...

LUIS FERNANDEZ SALCEDO



ANTES DE COMPRAR
 UNA CAJA, PIDA
 CATALOGO A LA
 FABRICA MAS
 IMPORTANTE DEL
 PAIS

ARCAS GRUBER
 S. A.
 BILBAO

SUCURSAL EN MADRID: FERRAZ, 8

La novillada del 13 de febrero,
en **LIMA**

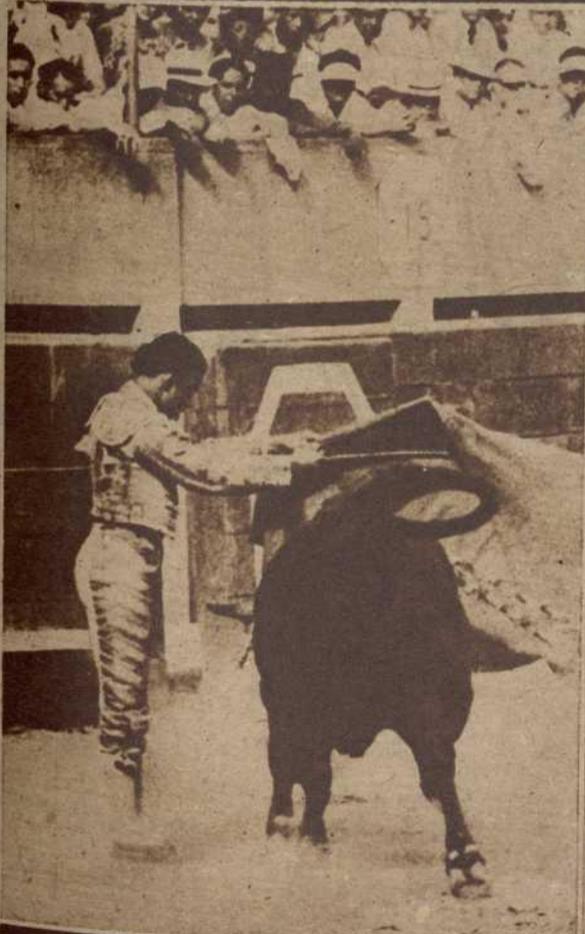
Seis reses de "La Pulpera"
para Adolfo Rojas, Humberto
Valle y Raúl Elías

Un lleno en la Plaza de Lima en la novillada a beneficio de «El Nene». Las cuadrillas de Rojas, Valle y Elías, haciendo el paseo



«El Nene» toreó muy bien con el capote al primer novillo, que luego, en el último tercio, no se dejó torear

Un natural de Adolfo Rojas al primero. Fueron pocos los momentos de lucimiento que logró el matador



El mejor novillo fué el segundo, que fué lidiado con poca fortuna por Humberto Valle



Raúl Elías, torero poco hecho, pero muy valiente, cortó las dos orejas del tercer novillo (Fotos Parodi, exclusivas para EL RUEDO)



Elías fué cogido por el sexto cuando toreaba con la muleta y tuvo que ingresar en la enfermería

MIENTRAS SUEÑA EL CLARIN

TOREANDO VACAS EN EL CAMPO DE SALAMANCA

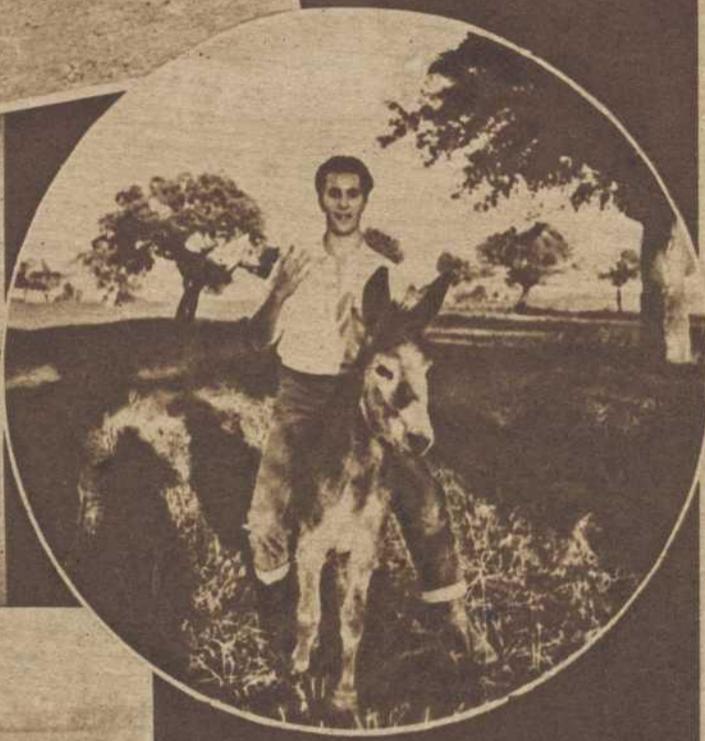


Por la mañana, lo primero un poco de carrera para «hacer piernas»

LA temporada de toros se aproxima a pasos agigantados. Ya ha sonado el clarín, como una diana festiva, en una inaugural novillada.

Mientras llega la hora de que el toro salga y de que el público cambie la hierba de los campos de fútbol por la arena de la Plaza, los diestros se entrenan.

El público, que sólo conoce lo espectacular



Más tarde, el entretenimiento de montar en burro

Luis Miguel lucha con el ganadero. ¿Quién vencerá a quién? O ¿habrá «tablas»?

Ahora algo de ejercicio de brazos, manejando el hacha contra un árbol

Antes de almorzar, a torear con la izquierda (Fotos Cano)

cer a los públicos. Una tarde hemos ido a la finca de don Antonio Pérez. Este tiene encerradas unas cuantas vacas; las más grandes. Estamos en el palco, y Luis Miguel está en el ruedo.

Sale una vaca, y dos, y diez. Y con ellas cerca, en esos terrenos inverosímiles a que se ha llevado el toreo, da una lección el diestro de Madrid.

Don Antonio Pérez, subyugado por el momento, lleno del entusiasmo frenético que ha prendido en todos nosotros, se alza en pie y grita con pasión arrebatada:

—¡Nadie como él!

Y se exalta luego para decir con el arrebatado de una verdad inatacable:

—He visto a todos los toreros de ayer y de hoy; pero ninguno como éste. La figura de ayer y de hoy... ¡Luis Miguel!...

Y luego de proclamarlo así, en una transición que refleja bien el carácter de este hidalgo castellano, le grita a "Dominguín":

—¡Tú, el mejor! Y si crees que lo digo por darte coba, vete a paseo... Pero tú, ¡el único!...

Luis Miguel, encelado con la lidia, sonríe y sigue trazando círculos geométricos con la muleta en la mano izquierda...

ALFREDO R. ANTIQUEDAD



y brillante de la Fiesta, en la tarde de sol, con oros y sedas en los trajes, con oleajes de vibrantes pasiones, con la borrachera de los aplausos, ignora la enorme servidumbre a que se halla sometido el torero. Hay que estar a punto. Es preciso un ejercicio abrumador, un sacrificio cotidiano, una renunciación a muchas cosas agradables y fáciles...

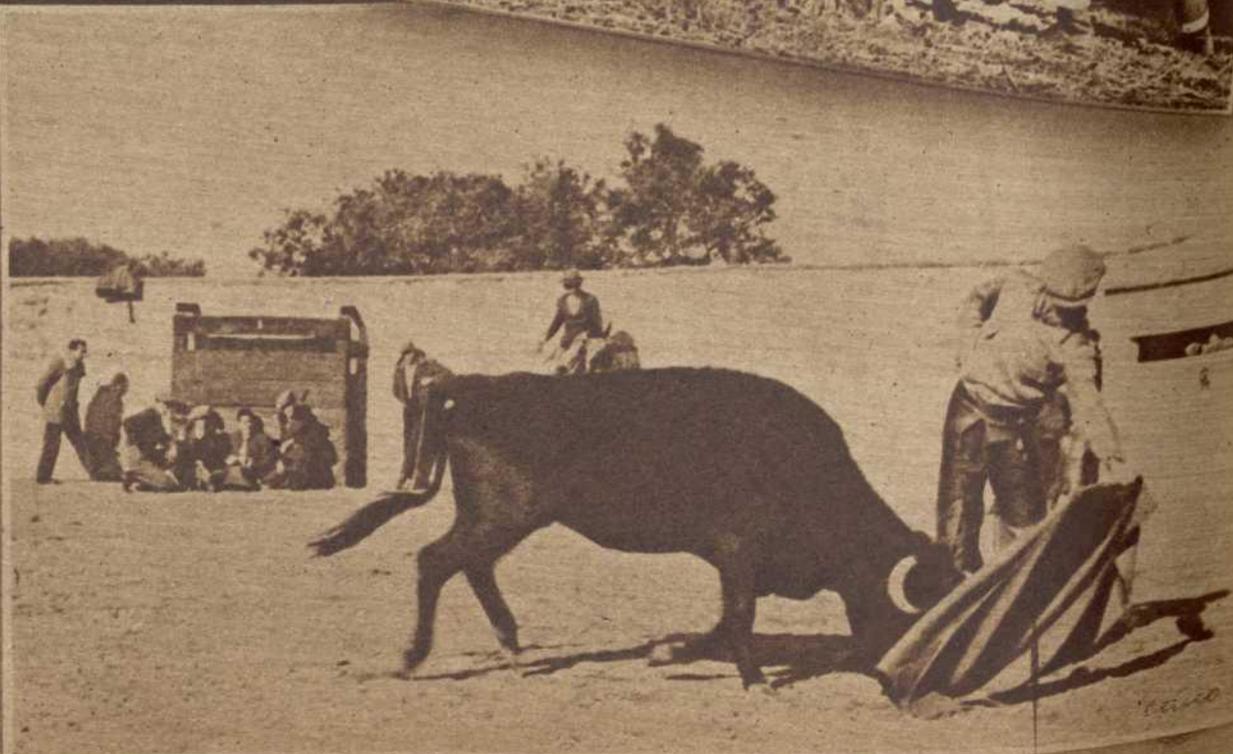
En los pasados días estuvimos en tierras de la castellana Salamanca, donde mugen a las estrellas su celo las vacas de sangre brava. Legión de aspirantes a fortuna. Torerillos en agraz que buscan la ocasión de dar un muletazo. Futuros lidiadores de renombre que quieren conocer al toro...

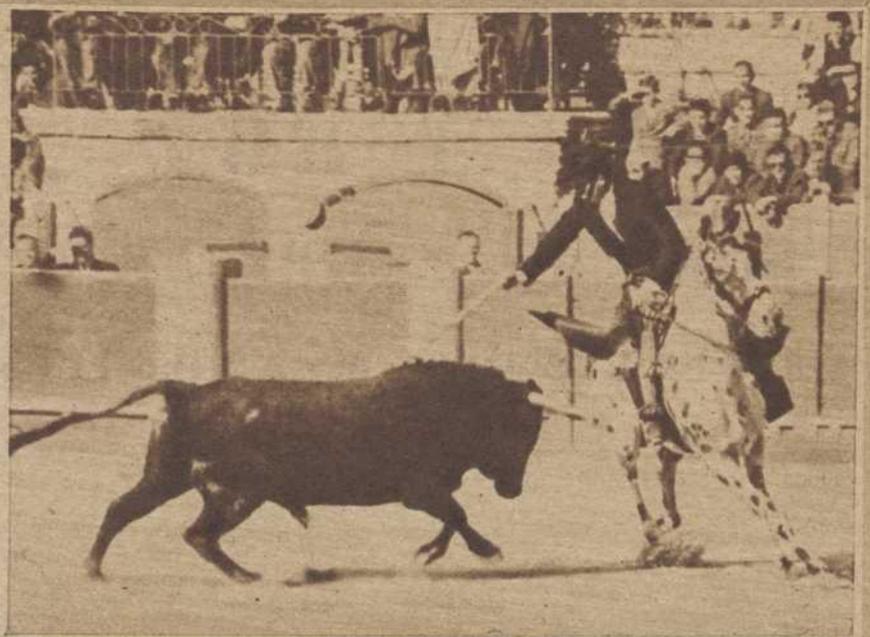
En casa de don Atanasio Fernández, donde la hospitalidad castellana tiene una expresión de símbolo, coincidimos con Luis Miguel Dominguín. Ha ido a torear. Y hemos visto su entrenamiento agotador, que para este mozo, en plenitud de juventud, parece un entretenimiento.

A primera hora de la mañana, cuando las sábanas tienen una caricia más tímida, Luis Miguel sale al campo. Cinco o seis kilómetros a pie, sin hurtar las pequeñas lomas que parecen hechas para destacar más la llanada. Luego, a deshacer el camino corriendo, en agilidad de "record", lo mismo de frente que de espaldas.

Luego, las becerras y las vacas. Una, dos y diez. Sin cansarse. Realizando la teoría precisa, estudiando, en la práctica, la teoría de la inspiración.

Después de comer, el mismo programa. Torear sin descanso. Agotar a las vacas y a las becerras. Hacer, para sí mismo, lo que mañana ha de ofre-



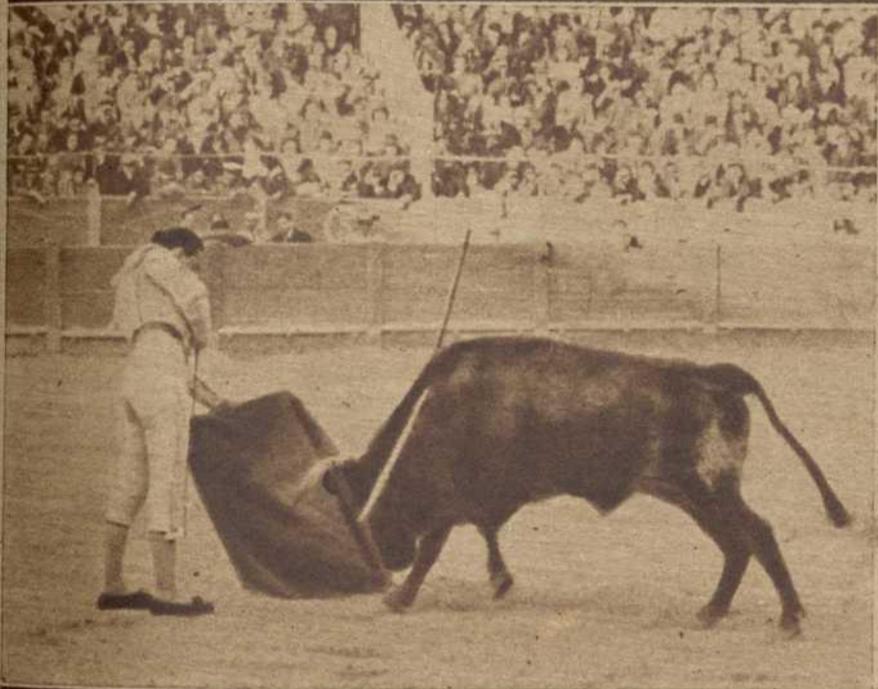


Pareja Obregón abre plaza al frente de las cuadrillas de Agudo, «Nacional» y «Posadero»

La novillada del domingo en Alicante

Siete novillos de Concha y Sierra para el rejoneador Pareja Obregón y los novilleros Paco Agudo, «Nacional» y «Posadero»

El rejoneador Pareja Obregón, que cortó oreja, en un momento de su actuación



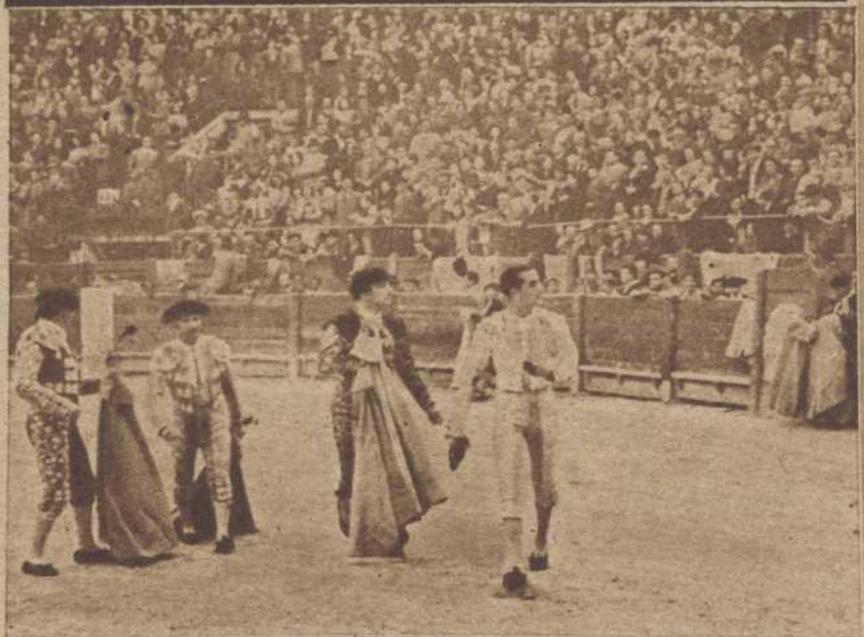
Paco Agudo fué ovacionado en sus dos novillos. Aquí le vemos pasando de muleta a su primero



Octavio Martínez, «Nacional», tuvo una tarde muy completa y en sus dos novillos torcó muy bien



«Nacional», después de cortar las dos orejas y el rabo de su segundo novillo, da la vuelta al ruedo



Manuel Márquez, «Posadero», también fué aplaudido en sus dos novillos (Fotos Sánchez)

AYER Y HOY

ESCUELAS TAURINAS

"Discípulo aventajado", por ANTONIO CASERO



—Vamos a ver: ahí tenemos al toro, aculado en tablas, humillando, avisado, receloso...; hay que sacarlo de la querencia... ¿Qué haría usted para ello?...

—Decirle a un peón...: «¡¡Tráemelo p'acá!!»

ANTONIO CASERO

ANTONIO BIENVENIDA, entre bastidores

*La vida de hogar y el «mate» bien cebado. — Ha inventado una canción extraña. —
Escribe poesías que no publicará nunca. — El mundo de los sueños y el del teatro. —
Cazando en Andújar. — Se arreglará «lo de Madrid». — Una frase definitoria*

El día en que los poetas actuaron en Lara, leyendo poesías taurinas, Antonio Bienvenida sorprendió y cautivó al público con unas cuartillas llenas de fino humor y de delicada ironía, donde llamaba al toro «su colaborador» y donde invitaba a los escritores a que alternaran con él en los ruedos, para corresponder al hecho de haber actuado él en un escenario. Aprovechamos aquella oportunidad para vigilar al matador entre «bastidores», después de haberle visto posar en su casa para el cuadro de Romero Rosende, que ya está terminado; por cierto, y del que Antonio se muestra entusiasmado y orgulloso.

Al espada le gusta la vida de hogar.

—Mi mujer es argentina —dice—, y no se puede dar idea de cómo ceba «el mate», que es mi bebida favorita y predilecta.

—¿Qué es lo que no te gusta de la profesión? —le preguntamos.

—Tener que quedarme sin cenar para guardar la línea... ¡Paso un hambre...!

—Y en la Plaza, ¿qué te desagradaba?...

—Que el público se ría con la caída de un picador o con la huida de un torero perseguido de cerca. A mí eso me parece tan grave como dramático, y no le veo la gracia por ningún lado. Claro que desde el tendido las cosas tienen otra cara. En el ruedo, ¡es todo tan diferente...!

—¿Tienes alguna superstición?...

—Sí; una. Cuando voy a la Plaza no me gusta hablar con nadie. Mis compañeros ya lo saben, y respetan mi silencio en el coche. ¿Sabe usted lo que hago?...

—Ni idea.

—Pues mentalmente me canto una can-

ción, a la que yo he puesto música y letra, y que repito tres veces. Eso me da una tranquilidad estupenda y me sosiega los nervios.

—Y ¿cómo es esa canción?...

—Una mezcla de inglés y de camelo.

Antonio, riendo, entona la rara melopea, donde se repite muchas veces la palabra «engebén», y que termina con la palabra «lucki», pero que, en definitiva, no quiere decir nada concreto... Un capricho extraño.

—A ti te gusta mucho la literatura, ¿no?...

—Ya lo creo... Y escribo poesías... que no publicará nunca.

—¿Por qué?

—Porque yo soy partidario de aquello de «zapatero, a tus zapatos».

La conversación con el torero —que, por cierto, tiene una manera de hablar un poco entre dientes, idéntica a la del escritor Enrique Llovet, hasta el punto de que podrían «doblar» en el cine o en la radio sin que nadie lo notara— toma rumbos francamente literarios. Antonio habla de sus preferencias —Guy de Maupassant en lo narrativo, Rubén Darío en lo poético, y entre los escritores españoles contemporáneos, Felipe Sassone, por quien siente tanta admiración como afecto—. Explora su mundo onírico:

—¿Tienes algún sueño obsesivo?...

—Sí; uno que se repite con gran frecuencia: estoy en lo alto de una montaña y me cae un gran peso encima. Forcejeo lleno de angustia para librarme de ese peso, para desembarazarme de él, pero no puedo.

—Y ese peso, ¿qué puede simbolizar?...

—¿La angustia que lógicamente precede a cada corrida?... ¿La sensación de peligro que entraña vuestra profesión?...

Antonio, que posee la misma simpatía en la calle que en la Plaza, que es inteligente, afectuoso, humano, cordial, queda serio un momento, y después exclama, con la sonrisa recobrada:

—¿Qué más da!... Que lo averigüen los psicoanalistas. ¿No le parece?...

Ahora la conversación se desvía por los derroteros teatrales. Al torero le encanta

asistir a los estrenos. Es un partidario acérrimo de Benavente.

—Cuando los autores están en capilla —me dice—, se parecen mucho a nosotros en el patio de caballos. A veces —añade—, un público tiene una lidia más difícil que la de una fiera, pero cuando ya «ha tomado» la obra, se entrega más fácilmente, y sin ningún género de dudas, las «cogidas» en el teatro son mucho menos peligrosas.

—¿Cuál es tu mayor ilusión?...

—La de ser padre, que, Dios mediante, espero ver pronto cumplida. Y también la ilusión de seguir toreando.

—¿Empezarás pronto la temporada?...

—El 10 de abril, en Toledo.

—¿Y antes?...

—El entrenamiento «a todo meter»... Ahora me voy, con mi hermano Juanito a cazar en Andújar, caza mayor, desde luego, algo muy emocionante. Y después a probar becerros, a cultivar el músculo y los brazos y la vista para estar siempre «en forma».

—¿Crees que se arreglará lo de Madrid?...

—¿Qué es «lo de Madrid»?...

—¡Hombre!... Que la Empresa no abuse de las novilladas, que nos dé más corridas de toros.

—Sí, sí; estoy seguro de que este año va a ser mejor. Mis impresiones son muy optimistas.

—Amén... Y ¿qué es lo que más te gusta del toreo?

—Estar en la Plaza con la muleta en la mano izquierda, la espada en la derecha y el corazón en medio.

En esa frase, rubricada por su valerosa y magnífica actuación en los ruedos, está todo Antonio Bienvenida, rebosante de gracia, de simpatía, de cordialidad.

**ALFREDO
MARQUERIE**



Antonio Bienvenida aprovecha las mañanas templadas de este invierno para pasear a pie por las calles madrileñas



El torero madrileño, en el balcón de la casa de sus padres, en el barrio de Salamanca (Fotos Zarco)

Antonio Bienvenida, posando para el cuadro que ha realizado el pintor

YA se ha armado el primer clamoreo del año. El clamor por el toro. En el planeta de los toros pululan muchos que se denominan a sí mismos toristas.

«¡Yo soy torista! —exclaman—. ¡A mí, déjeme usted de garambainas; a mí deme usted el toro; las terneritas, para filetes empanados; en el ruedo, el toro hecho y derecho, con cinco años, y sus armas bien afiladas y muchos kilos en los lomos; con estos galanes quiero yo ver a los toreritos!» Y es curioso que casi todos los toristas que uno conoce sean unos benditos de Dios, incapaces de desear mal a nadie, más bien apocados y pusilánimes en la lucha por la vida. Pero en cuanto ven aparecer en una Plaza de Toros un animalito desmedrado y jugueteón, se transfiguran en la fiesta que echan de menos en la arena. Y claman, airando su billete:

—Señor presidente: esto es indecoroso, es una vergüenza; a eso lo toreó yo!

El torista siempre se siente torero ante una insignificancia con cuernos. Es verdad que a un becerro, más o menos, cualquiera lo torea. Con un becerro en el ruedo, el impulso es echarse «p'alante», lanzarse fuera de las maromas. En cambio, cuando sale un toro, el instinto es retroceder en nuestro asiento, aunque éste sea el tabloncillo de una andamada. El torista, sin embargo, no pierde su serenidad en estos casos. El torista se retrepa bien en cuanto ve aparecer la fiera corrupta y dice, frotándose las manos: «¡Vamos a ver lo que pasa!»

Toda la vida hubo toristas, fanáticos por el toro. En ninguna época han salido los toros con el suficiente tamaño para satisfacer plenamente a los toristas. Si esto ocurría en tiempos de las vacas gordas, es de suponer lo que pasará ahora que estamos en los de las flacas. Realmente, nada más digno de compasión que un torista de hoy en día. ¡No ganan para disgustos! Muchos de ellos están enfermos del corazón, de tanto berrinche como se llevan. No les importa la bravura, no les importan las dificultades de la lidia, no consideran el pel-

EL PLANETA DE LOS TOROS

LOS TORISTAS

gro, no reparan en nada más que en los kilos, en los cuernos, en el ímpetu de la embestida, en la fiereza. Si uno apela a sus sentimientos humanitarios, contestan con gesto tonante y tunante: «¡Nadie obliga a nadie a ser torero; que estudien para registradores de la Propiedad, y vivirán tranquilos!» Y si uno les replica, humorísticamente, «¡Pero si precisamente aspiran a eso, a registrar sus propiedades y a cuidar gallinas en un cortijol», ellos se revuelven: «¡Pues con mi complicidad, de ninguna manera! ¡Que maten toros con cuatrocientos



kilos, y entonces hablaremos». Con los toristas no se puede. Hay que dejarlos. Después de todo, es una manía como otra cualquiera. Porque ya digo que, en el fondo, no son malas personas. Todos estamos de acuerdo en que, sin toros, no hay Fiesta de toros, y en que las becerradas son espectáculos lamentables, de una crueldad sin grandeza y sin justificación. Pero los toristas se pasan de la raya. Torista conozco que estos días anda, el hombre, desesperado por ahí.

—¿Qué te pasa? —le pregunté—. No tienes buena cara. ¿Has tenido la gripe?

—No digas sandeces. Fíjate qué tiempo, qué sol de primavera, qué cielo azul, sin nubes. ¡No llueve!

—Hombre, sí, es una catástrofe. ¿Te afectan mucho las restricciones eléctricas?

—A mí, en nada. Ni siquiera tengo ascensor en mi casa. ¡Conque calcula!

—¿Entonces?

—¿Y los toros? Ya están los ganaderos encamados de haber nacido. Ya tienen pretexto para largarnos todas las chotas que les dé la gana. ¡Y a mí, no! ¿Lo oyes bien? ¡A mí, no! ¡Yo no transijo! ¿No hay toros? Pues iremos a las carreras de galgos. Pero si se dan corridas, que salgan toros alimentados, con lo que sea, con veneno, con rejalgar, con demonios coronados, ¡pero a mí becerraditas, no! Repara con estos toreros —estábamos en la calle de Alcalá, esquina a Peligros—, ¡qué caras tan alegres!

—Déjales que vivan; después de todo...

—Después de todo, ¿qué? —se me revolvió encolerizado—. ¡A tirar el «pingui» con erales indecentes! ¿Y tú te llamas aficionado? ¿Y tú dices que has sido pastorista? ¡Déjame, déjame!

—Espera, aguarda. Mira, por allí parece que viene una nube. A lo mejor llueve, quién sabe.

—Sí; un diluvio nos amenaza; pero un diluvio de becerros. Quédate con ellos. ¡Adiós!

ANTONIO DIAZ CARABATE

PLAZA DE TOROS DE VALENCIA

GRANDES FESTEJOS TAURINOS CON MOTIVO DE LAS FALLAS DE 1949

DIA 18 DE MARZO (viernes)

SEIS toros de D. Fermín Bohórquez, de Andalucía

MATADORES:

Agustín Parra, **PARRITA**
Manolo **GONZALEZ**
Manuel **DOS SANTOS**

DIA 19 DE MARZO (sábado)

SEIS toros de los Sres. Herederos de D. Juan Guardiola, de Andalucía

MATADORES:

Agustín Parra, **PARRITA**
Rafael **LLORENTE**
Manolo **GONZALEZ**



«Parrita»



M. González



M. Dos Santos



R. Llorente

DIA 20 DE MARZO (domingo)

SEIS novillos de los Sres. De Guardiola Domínguez, de Andalucía

MATADORES:

Manuel Calero, **CALERITO**
Julio **APARICIO**
Miguel Báez, **LITRI**



Manuel Calero, «Calerito»



Julio Aparicio



Miguel Báez, «Litri»

EL TRANSPORTE DE LOS TOROS



La típica carreta transportando un toro enjaulado desde el encerradero a la estación del ferrocarril



Embarcando una corrida para América

La innovación del transporte de los bichos enjaulados tuvo desde su principio extraordinaria acogida. Beneficiaba por igual a ganaderos y empresarios, pudiendo las reses —sin otro trastorno que la rabieta al verse encerradas— salir en el ruedo más alejado a los cuatro o cinco días de haber abandonado la dehesa o el cortijo donde pastaban. No fué ya, por tanto, necesario movilizar la tropa de cabestros y el puñado de hombres y ballenerías para enviar las corridas a cualquier lugar de la Península. En la plataforma de un vagón del ferrocarril se acoplaba perfectamente las seis jaulas, al cuidado del mayoral de la ganadería, ahorrándose con ello un tiempo precioso, gastos nada despreciables, pérdida de carnes y los inevitables daños que las conducciones de reses bravas corrientemente originaban a lo largo de su ruta.

Las jaulas y su transporte por ferrocarril acabaron, pues, con el temor de los pacíficos lugareños y labradores de los pueblos por cuyas cañadas solían ir las corridas. Terminó la pesadilla de poderse encontrar con alguna res desmandada, y los sembrados, las huertas, las viñas y los melonares no volvieron a sufrir los destrozos que los propietarios

de las fincas y los guardas jurados, en sus correspondientes denuncias, achacaban indefectiblemente al paso de los toros. ¡Como si cada astado llevase unas alforjas para ir las llenando, por el camino, de pimientos, tomates, uvas, sandías y melones!...

Adoptado el empleo de las jaulas, fué sencillísimo el acarrea de las mismas. No sólo el tren monopolizó el transporte de los toros enjaulados. Las humildes carretas de bueyes cargaron, en muchas ocasiones —y continúan haciéndolo—, con la mercancía cornuda desde el encerradero a la estación, al muelle o hasta la misma Plaza; los barcos llevaron también infinidad de corridas de toros para lidiarse en La Habana, Méjico y distintas Repúblicas americanas, y, posteriormente, el motor de explosión se encargó de poner los toros en las Plazas con mayor celeridad que el tren, por medio de potentes y acondicionados camiones, cuyo medio de transporte es hoy día generalmente usado, por su rapidez y economía.

Pero como todo evoluciona al compás de la vida moderna, el viaje de los toros de lidia a bordo de aviones no es ya una novedad. Los primeros bichos transportados por aire —que nosotros sepámos— fueron cuatro toros de la ganadería colombiana de Aguas Vivas —anotemos el dato para la historia— que, embarcados en Cartagena en una aeronave de la Panamerican Airways, aterrizaron sin novedad en el aeropuerto de La Habana, corriéndose en el Stadium de la referida capital el día 30 de agosto de 1947.

Desde las primitivas conducciones, caminando por veredas, rastros y cañadas, hasta el vertiginoso transporte aéreo de los bichos, ha llovido bastante, aunque ahora, que hace mucha falta, no caiga ni una gota.

Si los mayores de hace un siglo levantaran la cabeza y vieran que el mes y medio por ellos invertido en llevar una corrida de Sevilla a San Sebastián o de Colmenar a La Coruña es factible reducirle actualmente a unas horas por el aire, ¿no pedirían volver de nuevo a la tumba, asustados de tanto progreso?

HASTA el invento de las jaulas, los toros destinados a las corridas hubieron de ser conducidos a pie a las Plazas donde habían de jugarse.

En largas y penosas jornadas, las conducciones de ganado bravo caminaban lentamente por sierras y campiñas, tardando en llegar a su destino bastante tiempo. Corridas, por ejemplo, que salían de los prados de Colmenar para Barcelona o La Coruña, echaban en el viaje de cuarenta a cincuenta días, llegando casi siempre los animales estrechos, cansinos y despeados.

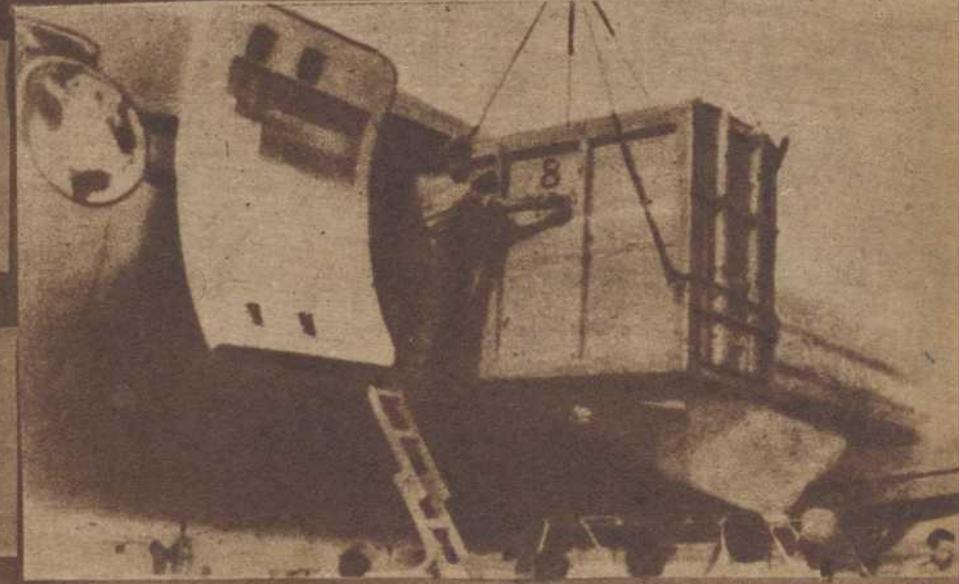
Para eludir los inconvenientes de las interminables caminatas, se ideó la jaula que, con el toro dentro, pudiera ser transportada por vía férrea, ensayándose dicho sistema por primera vez el año 1863. A tal fin, se enjauló en los chiqueros de la antigua Plaza de la Puerta de Alcalá un toro de doña Gala Ortiz, viuda de Ginés, ganadera de San Agustín de Guadalix, el cual llegó a Barcelona rápida y felizmente, lidiándose con otros cinco de la misma vacada —que, con mes y medio de antelación, hubieron de salir a pie, rindiendo viaje en la Ciudad Condal al cabo de cuarenta y cuatro días— la tarde del 28 de junio del indicado año 1863 por los espadas «El Salamanquino» y «Bocanegra».

Desde esa época empezó a generalizarse el transporte de las reses por ferrocarril. No solamente se evitaban por este procedimiento a los animales innumerables molestias y pérdida de peso, sino que, además, resultaba aquél más reguro y ventajoso por todos los conceptos. ¡Porque hay que darse cuenta cabal de lo que aquellas conducciones suponían!

Para llevar una corrida de seis toros había que poner en movimiento una bien adiestrada baraja de cabestros, varios caballos y diferentes vaqueros, entre los que, en cabeza, marchaba el *hatero*, con las ropas del personal y provisiones de boca para éste y para las reses. Y si el viaje de ida a cualquier población resultaba agotador, aun quedaba a hombres, bueyes y caballos idéntica tiradita de regreso.



El camión, con seis jaulas, medio rápido para el transporte de los toros



Descargando en el aeropuerto de La Habana los primeros toros que hicieron el viaje en avión

MANOLO GRANERO

El torero valenciano que murió en Madrid



Manolo Granero con su tío Paco (x) el revistero valenciano señor Cliffe, el empresario señor Suay y el crítico madrileño «Corinto y Oro»

Una verónica de Manolo en la corrida de la confirmación de su alternativa en Madrid

CIFRAS Y DATOS

Su temporada aquel año fué larga, y salvo perances de pequeña importancia, feliz... Comenzó Granero en Málaga, el 23 de enero, en un festival. Y terminó el 13 de noviembre, en Valencia. Toreó en total 94 corridas; mató 194 toros. Por diversos motivos, perdió veinte carteles. De esas 94 corridas, ocho fueron de Guadalest, siete de Miura, siete de Pablo Romero, siete de Albaserrada, seis de Murube, seis de Santa Coloma, cinco de Concha y Sierra, cuatro de Veraquea...

Granero —como se ve— no ponía tacha ni reparo a ningún ganadero. Para él no contaba la peligrosidad, real o aparente, de tal o cual divisa. De la misma forma, no rehuía la competencia, en los ruedos, de las figuras que podían hacerle sombra. En esa misma campaña de 1921, alternó cincuenta veces con Juan Belmonte, cuarenta y cinco con

pase de «la firma» que Granero hizo popular. Y «Rienzi» me cuenta cómo «nació» el famoso pase. —Fue un día, en casa, en vísperas de corrida. Mientras se vestía tomó una percha, y sirviéndose de la toalla como de una muleta hizo en el aire su rúbrica: «¿Qué tal —me dijo—, si yo hiciera esto mismo en la Plaza?». Bromosamos, pero él no se olvidó. Y cuando, al día siguiente, iba camino del ruedo, me lo recordó: «Esta tarde voy a firmar...». En efecto, en la primera ocasión propiamente dicha, dió un natural con la derecha, siguiendo la tradición de su propia rúbrica. Y ahí quedó el pase, bautizado, como el de la firma, por la crítica y la afición.

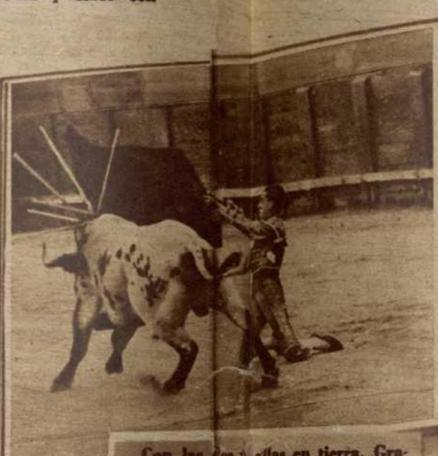
ELOGIOS DE LA PRENSA

De la corrida del 17 de mayo, en Madrid, abundan testimonios sobre la gran faena realizada por

Miguel. Después toreó en Zaragoza dos corridas. En ambas cortó orejas. En la primera de ellas alternó con Belmonte y Marcial Lalanda, que acababa de tomar la alternativa. En la segunda llevó de compañeros de cartel a Belmonte y a «Chicuelo».

Como hazaña final, en honor de su patria chica, Granero se encerró en el ruedo valenciano, como único espada, con seis toros de Albaserrada. Era como el remate justo a una campaña triunfal. «Estuvo toda la tarde —escribió un cronista— incansable, valiente y torero; gran estoqueador, a la altura de su fama, en fin. Se multiplicó en los quites, haciéndolos tan artísticos, arrojados y variados, que los cuatro que marcó en el primer toro fueron a cada cual mejor». Granero prodigó ante sus paisanos las muestras de su arte exquisito. Dió todo un curso de buen toreo, puso banderillas en dos toros y realizó seis faenas de muletas impresionantes.

enemigos, coe, como bloque de piedra de granito, la fuerza incontestable de los hechos, que nos dan significativos detalles de la breve y brillante historia de Manuel Granero. Por esta fecha, en el año anterior, Granero menéjaba una corrida de novillos. En sus andanzas, el mozo llega hasta la Plaza de Madrid, sueño dorado de todos los que tienen hambre de gloria y de billetes en la tauromaquia. Granero toreó en Madrid, y toreó de tal modo, que las manos de trece mil espectadores se juntaron para certificar la aparición de un torero enorme. Una nueva corrida, ocho días después, y una nueva demostración de que Granero llevaba dentro un prestigio de la lidia. Y dos meses después la alternativa: al orador de mitin puerino lo hacían diputado a Cortes. Y el diputado a Cortes tomó la pasada semana la cotidiana investidura de ministro en la Corte de las Españas. ¿Qué más por el momento? Nada. El ministro está en el Poder: el matador de toros es uno de los cuatro reyes de la baraja."



Un adorno ante sus paisanos en la Plaza valenciana durante una gran faena

Con las banderillas en tierra, Granero hace pasar al toro en un muletazo impresionante

Aún se recuerda la faena que Granero hizo al toro «Malsacara» el 17 de mayo de 1921

Casi en los mismos cuernos del toro, el espada valenciano sigue firme, sin descomponer la figura



El mismo día en que tomó la alternativa fué padrino de un hijo del reportero gráfico sevillano, Serrano. El bautizo se celebró en San Lorenzo, ante la imagen del Señor del Gran Poder

IV UNA TEMPORADA COMPLETA

EL 22 de abril de 1920 confirmó Manolo Granero su alternativa ante el público de Madrid. Su «viejo» camarada, de andanzas toreriles en el campo charro, Manolo Chicuelo, actuó de padrino en la ceremonia. Como testigo iba en el cartel «Carnicerito». Los toros fueron de González Gallardo... Ni que decir tiene que la expectación en torno al acontecimiento hizo que la Plaza registrara un lleno total. Se había cumplido la profecía que «Don Luis» había estampado en su «Toros y Toreros» del año anterior: «Quién comienza de un modo tan brillante su carrera, conquistando de golpe y porrazo trincheras que para otros son perennemente inexpugnables, hace suponer que está llamado a ser en el porvenir el autor de hazañas extraordinarias». En 1921, el diestro valenciano estaba ya en la cúspide de la torería...

«Chicuelo» (que por su juventud y depurado estilo era considerado por muchos como el verdadero sucesor de «Joselito»), veinticinco con Sánchez Mejías y veintinueve con «Varellito».

LA ESPLIENDEZ DEL TORERO

—Fue —me dice «Rienzi», animado por el recuerdo— una temporada triunfal. Completa. Ya Manolo, antes de su confirmación, se había hecho aplaudir en Valencia y Sevilla. Granero sentía un gran cariño por la ciudad de la Giralda. Quizá porque fué allí donde primero creyeron en él... Después vino a Madrid a refrendar su alternativa.

—¿Estuvo bien? —Lo único bueno que se vió aquella tarde fué lo que hizo Granero (1). Por eso volvió al ruedo madrileño —el 17 de mayo— para despachar una corrida de Santa Coloma, con «Chicuelo» y «Varellito». Fué uno de los más grandes éxitos de su vida. Después... Córdoba, en su feria famosa de la Salud, Zaragoza, Granada, Barcelona, Cáceres, Bilbao, Alicante, Burgos, Pamplona (toreó en los «sanfermines» cuatro corridas), Valencia (seis tardes seguidas actuó ante sus paisanos en aquella feria de julio), Oviedo, Vitoria, Santander... todas las Plazas, en fin, de postín de España se rindieron a su arte sin par.

—¿Ganó mucho dinero? —Sí. Pero Manolo era hombre espléndido. Pensaba que ni él ni los suyos tenían por qué privarse de nada... El decía que más adelante llegaría el momento de chorraz...

EL PASE DE «LA FIRMA»

«Rienzi» me habla también de la popularidad del infornado espada. Su amabilidad ganaba a cuantos le trataban.

—Toda la gente modesta del barrio le conocía y le saludaba. Y él se complacía después, regalando entradas cuando toreaba en Madrid.

No sé cómo salta a la conversación el célebre

el diestro valenciano. Al citar escojo uno, bien expresivo, que lleva la firma —nada menos— que de Gregorio Corrochano: «Después de ver —escribió el ilustre cronista en A B C— torear a Granero el último toro salí tan entusiasmado como el más entusiasta espectador, porque tanto con el capote como con la muleta hizo cosas extraordinarias... y las hizo con un toro.» Y añadía después: «Con la muleta en la mano derecha no se puede torear mejor, y aun me quedo corto. Mejor estaría, para concretar mi opinión en este punto, decir que con la muleta en la mano derecha yo no he visto torear a nadie tan maravillosamente como toreó Granero.»

Andálogos elogios se escribieron del joven maestro en otras ocasiones de aquel año de 1921. De su actuación en las corridas de la feria valenciana, por ejemplo, puede leerse en Sol y Sombra estas líneas:

«Manolo Granero fué el torero elegante, el torero dominador, el torero de la vergüenza.»

Y de su faena cumbre, a un toro de Miura, esto otro: «El niño prodigio se estrechaba cada vez más con el toro, cada pase era una cornada segura... y, a pesar de ello, se veía la seguridad en el diestro de cuanto ejecutaba; no era el borracho inconsciente: era el torero consumado. Erguido y valiente entró a matar, sepultando el estoque en lo alto del morrillo. En muchos años no olvidarán los aficionados lo que hizo Granero.»

En total, entre las seis corridas que toreó en Valencia (con ganado de Pérez de la Concha, Murube, Santa Coloma, Miura, Pablo Romero y Concha y Sierra), cortó orejas en cinco, y saltó en hombros, tras la natural apoteosis, en tres. En Valencia, durante muchos años, no se vió cosa parecida.

BUEN REMATE DE UNA TEMPORADA

A Sevilla volvió Granero en septiembre. Su nombre figuró en los tres carteles de la Feria de San

Y por si fuera poco, liquidó a sus enemigos de seis estocadas —una por morrillo—, dos pinchazos y un descabello. Coró orejas en el primero y sexto. Y todo esto en una hora y veintitrés minutos. Naturalmente, cuando rodó el último toro, Granero fué alzado en hombros por la multitud, y así cruzó Valencia hasta su casa.

Así cerró el gran espada valenciano oficialmente (toreó todavía alguna otra corrida más) su temporada.

FRANCISCO NARBONA

(1) «Corinto y Oro» publicó en Nuevo Mundo una interesante crónica sobre la confirmación de la alternativa de Granero, en la que, bajo el título de «La torería y su gobierno: El nuevo ministro, señor Granero», se leían, entre otros párrafos, los siguientes: «Sobre el motivo de hojarasca de las discusiones, amigos o



Granero en la Plaza de Córdoba, acompañado del peón Pepe Rodas. La foto fué tomada en un festival celebrado a beneficio de la familia del banderillero «Cantimplas»

Dos anécdotas de CÚCHARES

La última vez que toreó en Madrid lo hizo como espontáneo Y en La Habana, la enfermedad que determinó su muerte originó un escándalo mayúsculo

No es nuestra pretensión hacer una biografía más del famoso competidor de José Redondo, «Chiclanero».

De la vida taurómaca de Francisco Arjona Herrera, «Curro-Cúchares», el más aventajado discípulo de la Escuela de Tauromaquia de Sevilla, se ha escrito mucho y muy acertadamente.

Pero no se puntualiza bien por sus biógrafos la última vez en que tan célebre lidiador toreó ante la afición madrileña.

Asegúrase por aquéllos que «Curro-Cúchares», no contratado para la temporada de 1868, actuó en una sola corrida: la celebrada, con carácter extraordinario el 9 de junio, a beneficio del Hospital de Nuestra Señora de Atocha, corrida en la que, alternando con su hijo «Currito» y Salvador Sánchez, «Frascuelo», despachó los toros de Miura «Lagarto», «Relojero» y «Sillito», corridos en primero, cuarto y quinto lugar.

La muerte de «Sillito» se la trindó el espada a los duques de Osuna, quienes, confeccionado por la maestra Jesusa, le obsequiaron con un magnífico traje de luces.

Contaba el maestro del sevillano barrio de San Bernardo cincuenta años de edad — nació en Madrid el 19 de mayo de 1818 — y sus facultades hallábanse tan mermadas que en tal corrida resultó arrollado en distintas ocasiones al muletear a «Lagarto» y «Relojero».

Pero no fué la fiesta a que hacemos referencia, según afirman los historiadores de su vida, la última en que intervino en el desaparecido coso de la Puerta de Alcalá.

No; «Curro-Cúchares» lo hizo de improvisada manera cuatro meses más tarde.

Destronada la reina doña Isabel II, en la tarde del 9 de septiembre se celebró una gran corrida extraordinaria para festejar el triunfo de la Re-

volución, en la que Antonio Sánchez, «Tato»; Manuel Fuentes, «Bocanegra», y «Frascuelo» se las entendieron con reses de Murube, Miura y Concha y Sierra, hallándose engalanada soberbiamente la Plaza.

Y lo que no sucedió en esta corrida ocurrió en la efectuada, con toros de Veragua y los mismos espadas, el 11 de octubre siguiente, presidida por el teniente de alcalde don José Abascal.

Llegada la hora de empezar el espectáculo, penetraron en la Plaza, a los acordes de la música, los generales Serrano, Prim, Topete y el poeta Ayala, siendo recibidos con enormes ovaciones.

Y como espectador también asistió «Curro-Cúchares».

Cuando se encontraba sobre el alero el cuarto toro, «Mesonero», abandonado sus localidades dos espontáneos, se arrojaron al redondel «Curro-Cúchares» y Francisco Muñoz, «Pucheta», torero éste cuyo nombre ha pasado a la posteridad, más por su lenguaje que por su historial taurómaco.

Los dos diestros pidieron permiso para banderillear, haciéndolo muy bien; pero la presencia en el anillo de «Cúchares» causó un entusiasmo indescriptible, y el viejo maestro, a petición del público, tuvo que pasaportar a «Mesonero», haciéndolo de una estocada, arrancando, digno remate de una faena compuesta de cuatro naturales, uno con la derecha, y seis medios pases.

¡Y ésta sí que fué, señores biógrafos, la última vez que lidiador tan célebre actuó en la Plaza madrileña!

...

En los actuales momentos se viene hablando y escribiendo con bastante frecuencia sobre las posibilidades de que en La Habana vuelvan a celebrarse corridas de toros.

Sirvenos esto de motivo, ya que estamos hablando de «Curro-Cúchares», para quitar el polvo a un suceso, asimismo omitido, relacionado con su fracasada presentación en la capital cubana, acaecimiento que produjo un escándalo mayúsculo, y más tarde, la muerte del desventurado torero.

A «Cúchares», en las postrimerías del citado año 68, se le ocurrió, con fines lucrativos, y no contratado previamente, como aseguraron sus panegiristas, hacer un viaje a América, embarcando en Cádiz, rumbo a La Habana, el 1 de noviembre, llevando, entre otros toreros, a Victoriano Alcón, «El Cato», Francisco Ortega, «Cuco», y al picador Ramón Agujetas.

Haliase ya celebrado en la Plaza de Toros de dicha capital una corrida en la que actuó el diestro gaditano José Ponce, y para el 29 se anunció la presentación de «Cúchares».

Llegado este día, a las tres y cuarto de la tarde, hora fijada para el principio del acontecimiento, el lleno era imponente y enorme la expectación.

Impaciente el público porque transcurría el tiempo sin que en el circo apareciese «Curro-Cúchares», corrió el rumor de que éste, por hallarse enfermo, no torearía.



Francisco Arjona Herrera, «Curro-Cúchares», a los cincuenta años de edad y treinta y cuatro de vida profesional

Se trató, para amiporar el conflicto, que esto- quease José Machío los seis toros encerrados; pero los enardecidos espectadores reclamaban la presencia de «Cúchares» o la suspensión del festejo.

Quien presidía éste acordó su celebración, devolviéndose el importe del billete a quien se ausentase del coso, y al hacer el paseo Machío con su cuadrilla, el escándalo adquirió gigantescas proporciones.

La lluvia de botellas, bastones y otros objetos fué copiosísima, arrojándose al redondel cientos de espectadores en actitud agresiva, viéndose obligados los lidiadores a retirarse.

Fué entonces cuando la autoridad suspendió la corrida.

Aquí en España llegó a saberse al detalle lo ocurrido por la carta que, fechada en La Habana el 5 de diciembre, escribió el aficionado don Ricardo Morales al director del Boletín de Loterías y Toros.

Decía así esta carta:
Señor director del «Boletín de Loterías y Toros». Muy señor mío: El objeto de la presente es participar, con sentimiento, que anoche, a las dos y cuarenta minutos, falleció el maestro «Cúchares». Hoy, a las cuatro de la tarde, ha sido el entierro, que llevó un acompañamiento numeroso, compuesto de casi todo el comercio de esta capital; su cadáver estuvo de cuerpo presente en el Sagrario de la Santa Iglesia Catedral. Esta pérdida es de sentir para la familia del finado (q. e. p. d.) y para la afición al toreo. No hemos tenido el gusto de verle torear ayer, pues según le dije por el correo del 30, cayó enfermo el mismo día 29, en que debía presentarse. Queda de usted afectísimo, etc., etc.

Produjo en España la noticia una honda impresión, y hasta el año 1884 los restos mortales del desventurado torero no fueron trasladados a la Madre Patria, recibiendo cristiana sepultura en la iglesia de San Bernardo, de Sevilla.

Hallamos en sus biografías, de manera lacónica, que «Curro-Cúchares» falleció, víctima del vómito negro, en el lugar y fecha expresada, e incorporadas quedan a aquéllas las dos anécdotas, nervio de este sencillo y sin pretensiones históricas, reportaje retrospectivo.

DON JUSTO

XEREZ-QUINA
GRAN APERITIVO

La marca de Jerez de siempre

VALDESPINO

La Escuela Taurina de Valladolid

NO hace aún tres meses que el diario "Libertad", de Valladolid, publicaba en su sección taurina una noticia que titulaba así: "En Valladolid se proyecta la creación de una Escuela Taurina.—Hay que arrancar a los muchachos del cruel aprendizaje de las capeas." La noticia, recibida con el mayor agrado por el público, propugnaba la idea de crear una Escuela Taurina, y, junto a ella, la instauración de un Club Taurino.

En tan corto espacio de tiempo, la Escuela Taurina de Valladolid es ya una realidad y, a la vez, un éxito, que ha superado los cálculos más optimistas. Al cerrarse la inscripción de alumnos el 14 del pasado mes, figuraban 127 matriculados.

El proceso de gestación de la Escuela ha sido, como puede verse, rápido y eficaz. A la petición del diario "Libertad" se unieron con el mayor entusiasmo el Delegado Provincial Sindical de Valladolid, don Telino García; el representante de los herederos de don Eduardo Pagés en las organizaciones taurinas de Valladolid, don Antolín Santiago Juárez, que cedió, en nombre de los herederos del inolvidable empresario, la Plaza de Toros para celebrar, dentro del marco más exacto, las clases prácticas; el genial artífice del más puro arte del toreo, Fernando Domínguez, ofreciéndose como profesor; el prestigioso maestro de rehileteros Ángel Zamora, "Zamorita", como auxiliar; el de la Prensa y Radios de Valladolid, a través de sus prestigiosos críticos taurinos; el de los ganaderos, señora viuda de Molero, don Victoriano Villarreal y don Luis Salgueiro, que han ofrecido generosamente el ganado para las lecciones prácticas, y el de un grupo de magníficos aficionados, que forman el Patronato de la Escuela y el Patronato de Honor.

Pero, por cuanto supone y representa dentro de las ayudas, merecen destacarse en el más elevado plano las ofrecidas por el Jefe Nacional del Sindicato del Espectáculo, por el gobernador civil de la provincia y jefe provincial del Movimiento en Valladolid y las de otras autoridades y jerarquías.

Como puede verse, el número de alumnos es demasiado importante para que, concentrados todos en el "aula", saquen los mejores frutos de las enseñanzas de sus profesores; pero esto se ha resuelto formando cinco grupos, que se distinguen con cinco nombres de toreros de Valladolid: Anastasio Castilla, Pacomio Peribáñez, Fernando Do-

minguez, Ramon Fernández, "Habanero", y Félix Merino. Cada grupo practica un día, de lunes a viernes, y entre el sábado y domingo vuelven todos a recibir lección, distribuidos entre cinco horas. Entre los alumnos matriculados los hay de todas las clases sociales.

Entre los proyectos del Patronato de la Escuela figura el propósito de unir a las enseñanzas prácticas otras que lleven al conocimiento de los alumnos aspectos fundamentales de la Fiesta de toros.

El primer acto literario se celebró el sábado, día 26, en el salón de actos de la Delegación Provincial Sindical, con asistencia de todos los alumnos y numerosísimo público, hasta hacer insuficiente el amplio local. Pronunció una brillante conferencia el crítico taurino de "Diario Regional", don Mariano Benito Pardo, "Emé", que fué felicitudísimo.

El domingo, día 24, a las cuatro y cuarto de la tarde, se inauguraron en la Plaza de Toros las clases prácticas con ganado de lidia. La fiesta fué por invitación, para familiares de alumnos y socios protectores, concentrándose en la Plaza más de cuatro mil personas.

Se lidiaron cuatro bravas reses, cedidas gratuitamente por el escrupuloso ganadero don Victoriano Villarreal, actuando los alumnos más distinguidos, previa selección. Por la mañana se celebraron las operaciones de sorteo y apartado, para que los alumnos se iniciaran en las prácticas de un espectáculo reglamentario.

Las cuatro cuadrillas estuvieron formadas por los alumnos siguientes:

Primera cuadrilla.—Benito Rosón, Benito Coca, Santiago Calderón y Fernando Holguín.

Segunda cuadrilla.—Julian Gutiérrez, Rafael Fernández, José Jiménez, Augusto Samaniego y Silvino Sanz.

Tercera cuadrilla.—Antonio Otero, Manuel Lázaro, Gregorio Soria y Francisco García.

Cuarta cuadrilla.—Manuel Oláiz, José Miguel Fraile, José Luis Pérez, Luis Jiménez y Adolfo Gutiérrez.

El espectáculo mantuvo el entusiasmo del público de principio a fin, por la grata calidad artística y el valor de la mayoría de

los alumnos. En la primera y tercera cuadrillas tomaron parte, con unas bravas erales, los alumnos más jóvenes, y en la segunda y cuarta, los de mayor edad, con vacas de algún mayor volumen. La tercera cuadrilla armó el alboroto en la concurrencia, especialmente por la revelación de dos chavalillos con síntomas de grandes toreros. El primero de ellos, Gregorio Soria Ruano, es un auténtico fenómeno en miniatura. La impresión que causó en el público fué extraordinaria. El segundo, Francisco García, hijo del ex novillero "Castillita", posee también grandes cualidades para ser figura. Manuel Lázaro, otro chavaleta con figura y maneras de torero, gustó mucho, y con ellos, Antonio Otero, muy fino y con calidad. Estos chavalillos, que escucharon grandes ovaciones durante la lidia, tuvieron, al final, que dar la vuelta al ruedo, recogiendo prendas de vestir, y salieron a los medios.

En las restantes cuadrillas se distinguieron: Adolfo Samaniego, que fué ovacionadísimo, como José Miguel Fraile, y Luis Jiménez, unos toreritos ya muy hechos y derechos.

Dirigió la lidia el matador de toros Fernando Domínguez, recibido con grandes aplausos por el público, auxiliado por el rehiletero Ángel Zamora, "Zamorita".

El público salió encantado de este primer festejo.

Próximamente se celebrará la inauguración oficial, con asistencia de jerarquías nacionales y autoridades provinciales y locales.

ITO

(Apuntes al natural, del mismo.)

Antonio Otero toreó con la mano izquierda, «echando» calidad



Gregorio Soria Ruano, el chaval más pequeño de la Escuela, que se reveló como el más grande

Luis Jiménez en un pase de pecho de gran calidad



Francisco García, otro de los chavaletes que armaron el alboroto

LLOVET no da importancia al tamaño de los toros



LLLOVET se despoja lentamente de su astenia —astenia primaveral, que es la única que puede admitir en su patología un escritor— y se enfrasca, primero, con cierta indolencia, y después, con verdadero interés, en la conversación. Habla de la crisis teatral; es un problema que le atañe de manera directa por su condición de autor.

—Los jóvenes no van al teatro, y los viejos, afe- rados a su lema de que todo tiempo pasado fué mejor, no aceptan del teatro más que aquello que pueda traerles emociones de su juventud. Así ocurre que cuando una obra, después de su estreno, consigue mantener lleno medio teatro, se considera un éxito. Y esa no puede ser nunca la mayor ambición de un autor. La obra debe llegar al público directamente, atraerle; a eso aspira el que la hace.

Con estas palabras queda definido el estado de ánimo actual del autor andaluz Enrique Llovet, que, a pesar de su pesimismo acerca del problema del teatro en España, no puede considerarse, ni mucho menos, como autor desafortunado.

—El único espectáculo que no está aquí en decadencia —continúa Llovet— es el de los toros. Ese, tal vez por ser auténtico su españolismo, se mantiene y se incrementa a través del tiempo.

—¿Eso quiere decir que está usted conforme con el toreo actual?

—Se torea como no se ha toreado nunca, y la gente protesta, porque ha protestado siempre, del tamaño de los toros. No creo que el tamaño del

toro tenga en realidad importancia. Igual o más peligroso es el toro pequeño que el grande. El pequeño es más ligero, más ágil, da menos tiempo al torero a que se prepare para recibir la embestida, y una cornada suya resulta tan peligrosa como la de un toro de esos que reclaman a gritos los aficionados viejos, y que seguramente les decepcionarían al verlos otra vez en la Plaza. Hoy se ha conseguido la mayor emoción en el toreo; es más dinámico, más arriesgado, más artístico...

—¿Y usted a qué concede más importancia: al valor o al arte?

—Pues verá... Si esta pregunta me la hago ahora mismo, cuando sé que esta tarde no va a haber corrida, diré que al valor. Se necesita mucho para torear, y además un valor activo, porque habrá muchos hombres valientes para otras cosas, para la guerra, por ejemplo, o como aquel legionario que tenía en el tambor de su pistola una bala sí y otra no y lo rodaba para disparar apuntando a su cabeza, cuando se detenía. Pues aquel hombre, que jugaba a deshojar la margarita de la muerte, es muy posible que no se hubiera atrevido a torear, porque su valor era más pasivo que activo. Y volvamos a la cuestión: si esta tarde hubiera corrido, a sus preguntas contestaría que prefiero el arte al valor.

—¿Qué es lo que más le gusta de los toros?

—El público es lo más interesante de la Fiesta. No hay mejor ni más justo público que el de toros. A pesar de sus preferencias, concede siempre el aplauso y la ovación a quien lo merece, y no tiene inconveniente en derribar a su ídolo si éste no responde a lo que de él se espera. Todo lo contrario es lo que ocurre en el fútbol, donde la gente va a ver tan sólo el triunfo de su equipo conseguido justa o injustamente, y se exalta hasta el extremo de insultar al contrario por sus victorias aunque sean legales.

—¿Y de las suertes?

—La de matar, el tercer acto. Las demás, todas están destinadas a preparar el momento de la suprema.

—¿Qué corrida le ha gustado más?

—Una benéfica que toreó «Manolete». ¿Puso entonces la gente algún reparo a aquel Pinto Barreiro que le tocó? Pues, sin embargo, era un toro pequeño, pero lo toreó muy bien y nada hubo que oponerle.

—¿Qué clase de toreo prefiere?

—Yo he sido manoleteista, y actualmente el torero que más me gusta es Manolo González. Lo más probable es que esta próxima temporada se defina del todo y bien allegue a su consagración, o sea, por el contrario, olvidado en seguida. Creo, sin embargo, que de él puede esperarse mucho.

—¿Usted ha toreado?

—Una vez, y creo que no volveré a hacerlo.

—¿Tan mal le salió?

—Cuando me decidí a torear aquella becerra, no contaba con varias cosas aterradoras que descubrí cuando ya no tenía más remedio que salir del paso fuera como fuera; una de ellas es el momento amargo de plantarse ante el bicho, de mirarlo fijamente y observar sus ojos fijos en uno; otra, el terrible bufido que lanza al pasar junto a nosotros, y otra, su rapidez, porque uno, al saber de antemano que el revolcón no hay quien se lo quite, procura por lo menos quedar bien, y se pre-



para y da el primer pase, y cuando ya se está a punto de respirar tranquilo, la becerra se vuelve con tanta velocidad que ya no hay manera de prepararse para que pase por la izquierda o por la derecha, y entonces pasa por en medio... Desde aquel día los toros pequeños, tan ágiles y nerviosos, me parecen mucho más peligrosos que los grandes.

—¿Dónde ha visto usted corridas?

—En Madrid, en Sevilla, en casi todas las provincias españolas. Muchas veces, mis viajes fundados en graves razones ocultaban la intención de ver una corrida importante.

—Ya que hemos hablado antes del auténtico españolismo de los toros; ¿quiere decirme si cree usted que fuera de España puede haber ambiente para la Fiesta?

—Creo que es aquí donde únicamente puede existir el toreo como profesión y donde se concibe que una cosa tan seria como la muerte se tome a juego. En otros países se desconoce aún casi por completo lo que es nuestra Fiesta. El otro día vi una película, hecha en Francia, que está ambientada en la España del siglo XIX. Una de las escenas se desarrolla en la feria de Sevilla, adonde llega un torero, y, muy decidido, se acerca a un puesto a comprar los toros para la corrida de la tarde —¡a comprar toros!—. Se entabla un diálogo entre el vendedor de toros y el torero, que yo traduciría, poco más o menos, así: «¿Tiene usted toros que sean buenos?» «Sí, señor torero. Aquí tengo unos estupendos, que pienso ponérselos baratos por ser usted cliente.» «Bueno; ya sabe usted cómo me gustan, ni muy gordos ni muy flacos—de cuatro a cuatro años y medio, bien parecidos... Son para la corrida de esta tarde.» «Perfectamente. ¿Los lleva usted o quiere que se los mande?» «Mándemelos. ¡Pero recuerde que los necesito para las cuatro y media en puntal!» «Conforme... ¿Le gustaron los de la corrida pasada?»... Y como esto, mil cosas pe- regrinas en consonancia con la escena.

Con este ejemplo de lo ajenos que están todavía en otros países al sentido de nuestra Fiesta termina nuestra entrevista con Llovet.

Luis Briones resultó cogido el pasado día 20.-Un novillero cubano que mata con la mano izquierda.-Velázquez y Rivera torearán en Francia.-Festivales en Linares, Puente Genil y Osuna.-Toreo en la capital mejicana el portugués Vizéu

Pedro Barrera, el gran matador de toros, vuelve a los ruedos y ha conferido poderes a Alfredo Portolés, escritor y gran aficionado, que apodera también a Rafael Dutrás, «Llapisera», y al novillero Curro Puya.

—En Ampuero (Santander) se ha fundado el Club Taurino Antonio Ordóñez, en honor del joven novillero sevillano que apodera Raimundo Blanco. Próximamente toreará en Santander Antonio Ordóñez.

—En el Club Taurino de Granada pronunció una conferencia sobre el tema «Linares y Talavera» el doctor don Juan Antonio Pulgar, decano de la Beneficencia Provincial y médico de toreros.

—El pasado día 20 hubo corridas de toros en Aguascalientes y Villa Acuña y novilladas en León, Tlalnepantla y Huixtla (Méjico). En Aguascalientes. Toros de Peñuelas. Conchita Cintrón fué ovacionada. Luis Briones fué cogido y sufre una cornada entre los espacios cuarto y quinto de la región lumbar, de la que tardará en curar quince días.

Nuestra contraportada
SUERTES DE OTROS TIEMPOS
José Rodríguez PEPETE,
en el pase del pañuelo



El diestro cordobés José Rodríguez, más conocido por el alias de «Pepete», fué un torero muy valiente y audaz; un torero de los que entusiasman a la afición con su coraje y arrojo, de los que truncan a veces la lidia en una lucha titánica entre el diestro y la res.

El matadero de Córdoba fué la primera escuela taurina de José Rodríguez; allí se acostumbró a bregar con las reses bravas y a conocer sus intenciones; y considerándose con suficientes conocimientos, se lanzó a los ruedos como peón de lidia en la temporada de 1844, distinguiéndose pronto por su temeridad como por su fortaleza.

Por el año 1847 José Rodríguez actuaba de banderillero en la cuadrilla de su tío el diestro Antonio Luque, alternando con él de matador hasta 1850, en cuya temporada formó su cuadrilla definitivamente. A partir de esta fecha, su nombre va adquiriendo creciente fama, alternando con los mejores diestros de la época, sin que su labor desmereciera al lado de los espadas consagrados y favoritos de los públicos.

«Pepete», que acometió los más inconcebibles lances y convertía la lidia, como hemos reseñado, en una dura lucha entre el diestro y el toro, imprimió a su toreo, como consecuencia de su estilo, un sello personal que se traducía en su pase de pañuelo. Cuando «Pepete» era desarmado por el toro, resolvía espontáneamente la situación sacando el pañuelo de su chaquetilla y utilizándolo ante la res a guisa de muleta. Poseía la extraña y sorprendente habilidad de encelar a la res con este engaño de tan reducida dimensión y, aunque parezca inverosímil, conseguía ligar los pases y salir limpiamente de la suerte.

En el curso de su vida torera repitió «Pepete» sus personales pases de pañuelo al perder la muleta en su recio estilo de torear. Su despreocupación ante el peligro y la serenidad ante las situaciones comprometidas sorprendían al público, que aplaudía, más por lo emotivo, lo mucho que derrochaba el diestro de arrojo y de valor, que lo que poseyera del arte exigido por la concepción estética de la fiesta.

José Rodríguez, «Pepete», alcanzó sus mayores triunfos por los años 1858-1861. Toreando en Madrid en la temporada de 1862, fué perseguido y castigado duramente por el toro «Jocinero», produciéndole tan tremenda cornada que le produjo la muerte momentos después.

JOSE COMAS ACOSTA

Manuel dos Santos y Manolo González dispuestos a intervenir en el festival que se verificó el domingo en Osuna a beneficio de los Colegios Salesianos, y organizado por la Congregación de la capital (Foto Arenas)



Don Francisco Jimeno, empleado en los talleres de EL RUEDO, que ha celebrado una Exposición de obras pictóricas en la Sala Cánovas. El señor Jimeno ha logrado un éxito grande de público y crítica

Ricardo Balderas fué aplaudido. En Villa Acuña. «Armillita», lien y orejas. Ricardo Torres, bien y orejas. En León. Reses de San Diego de los Padres. Luis Solano, palmas y herido en el muslo izquierdo. Rafael Larrea, vuelta y ovación. Guillermo Camacho, bien. En Tlalnepantla. Eduardo Montes, vuelta y ovación. Nolito Vargas, voluntarioso. José Padilla, mal. Leonardo Sánchez, regular. Salvador Juárez, tres arjos. En Huixtla. Curro Ortega y Fernando López, lien.

—Se anuncia en Méjico la presentación del novillero cubano Pepe Sánchez, «Pepillo», que estoquea con la mano izquierda.

—Fermín Rivera y Antonio Velázquez torearán en Francia, apoderados por Antonio Ruiz, «Macareno».

—El pasado domingo se celebró una novillada en Alicante. Siete novillos de Concha y Sierra. Pareja Oregón, oreja. Paco Agudo, vuelta al ruedo y palmas. Octavio Martínez, «Nacional», ovación y salida y dos orejas y rabo. «Posadero», palmas en los dos.

—En Linares, Festival en homenaje a «Parrao». Alvaro Domecq, dos orejas y rabo. «Parrita», dos orejas y rabo. Rafael Llorente, oreja. «Parrao», oreja. Martorell, dos orejas y rabo. Paco Cruz, cumplió.

—En Puente Genil, Festival. Pepe, Antonio, Angel Luis y Juan Bienvenida y el novillero local Paco Delgado cortaron orejas y rabos.

—En Osuna, Festival. Pepe Anastasio, oreja. Manuel González, vuelta al ruedo. Manuel Dos Santos, vuelta al ruedo. Peralta, oreja. Juan Antonio Luque Gago, vuelta. En la presidencia tomó asiento Carlos Arruza.

—En Colmenar de Arroyo, Festival. Antonio Caro, orejas en sus dos novillos. «Arrucita», bien y superior.

—En Ciudad Rodrigo, Novillos de Berrocal. Juanito Zamora fué ovacionado.

—En Guadalajara. «El Soldado», bien y oreja. Jesús Córdoba, orejas y bien. Capetillo, regular.

—En San Juan de los Lagos. Ricardo Torres y Lorenzo Garza cortaron orejas.

—Se anuncia en Colombia el regreso a España del matador gaditano Paco Lara.

—En Riobamba (Ecuador), el novillero colombiano Arturo Bejarano cortó orejas y rabos y ganó la oreja de oro en competencia con «Maera de Quito» y Carmelo Torres.

—Procedente de Bogotá llegó a Lima el matador español Jaime Marco, «Choni».

—Se espera en Lima la llegada de Luis Procuna, «Rovira» y Manuel Álvarez, «Andaluz». Los subalternos que torearán en Lima serán Manolo Rivas, Juan Aguirre y Luis Farinas, picadores, y los banderilleros Pepe Amorós, Antoñete Iglesias, Angel Procuna y David Siqueiroa, «Tabaquito».

—En la capilla de los marqueses de Linares se dijo una misa en sufragio del alma del infortunado Manuel Rodríguez, «Manolote».



El que fué gran matador de toros, Alfredo Corrochano, que ha anunciado su vuelta a los ruedos



El novillero donostiarra José María Recondo adiestrándose en el campo salmantino

do Manuel Rodríguez, «Manolote». La misa fué costeada por don Alvaro Domecq.

—Se ha colocado la primera piedra de la Plaza de Toros que se va a construir en Tánger, que será capaz para once mil espectadores.

B. B.

ACLARACION

Recibimos una atenta carta de doña Amalia Villa, propietaria de la ganadería a la que pertenecían las reses que fueron lidiadas en el ruedo de Vista Alegre el pasado día 20. En su carta nos dice doña Amalia Villa que los novillos lidiados en Vista Alegre fueron vendidos por ella en el pasado mes de julio por la Empresa de la Plaza de Toros de Zaragoza, para ser lidiados en novillada económica sin caballos. Al no ser lidiados los novillos en Zaragoza, la Empresa los envió, sin consentimiento ni conocimiento de la propietaria de la vacada, a Madrid, por lo que encargó a su representante que hiciera la oportuna reclamación. Por consiguiente, las reses lidiadas en Vista Alegre fueron vendidas para una novillada sin caballos, y han estado pastando, desde septiembre pasado, en una finca de la Empresa. A ruego de doña Amalia Villa, y por considerarla justa, hacemos esta aclaración.

El Club taurino de Granada inaugura un curso de conferencias

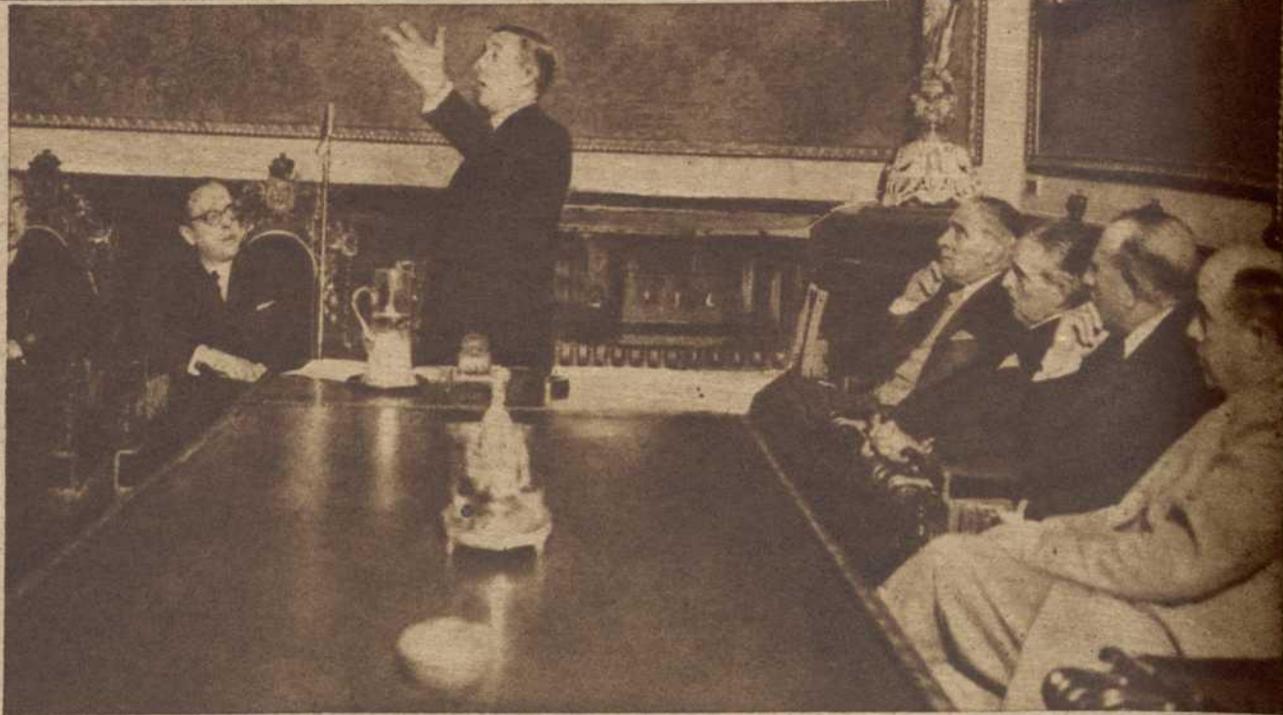
La primera corrió a cargo del Dr. Pulgar, que disertó sobre "Linares y Talavera"

CON asistencia del gobernador civil, don Servando Fernández Victorio; señor Ortiz Meléndez Valdés; coronel señor Rojas Sánchez; presidente y vicepresidente de la Diputación Provincial; jefe superior de Policía, señor Cadenas; representante del alcalde, por hallarse éste ausente; subdelegado de Hacienda, señor Godoy Fonseca; delegado del Instituto Nacional de Previsión, señor de las Peñas Griffo, y otras autoridades, tuvo lugar en el salón de actos de la Diputación la anunciada conferencia — primera del ciclo organizado por el Club Taurino de Granada — a cargo del eminente doctor en Medicina y Cirugía don Juan Pulgar, profesor auxiliar de Patología quirúrgica en esta Facultad; médico en Granada del Montepío de Toreros y secretario de la Asociación Nacional de Médicos de Enfermerías de Plazas de Toros.

La personalidad y el prestigio del doctor Pulgar hizo que dicho salón, pese a su extraordinaria capacidad, resultase insuficiente para la cantidad de concurrentes, que hubieron de acomodarse, además, en el vestíbulo y pabellón cubierto del palacio, donde, para la mejor audición de la conferencia, había sido instalado un equipo de altavoces.

El presidente del Club Taurino de Granada, don Emilio Entrala Durán, declaró abierto el acto, y el vicepresidente, don Diego Garzón Martínez, con sentidas frases hizo la presentación del conferenciante.

Seguidamente, el doctor Pulgar pasó a desarrollar el tema "Linares y Talavera". Fácil en la dicción, acertadísimo en sus descripciones, más que una charla nos ofreció don Juan Pulgar un documental, perfecto en las fechas y en las figuras, haciendo desfilar, más ante los ojos que ante los oídos del público, las principales características del toro en sus distintas épocas. Desde los hermanos Romero, "Costillares", "El Tolo", "El Chelcanero", "Lagartijo" y otras figuras cumbres de la Fiesta, pasando por Fernando "el Gallo" para llegar a "Joselito" y "Manolete", una clarísima



exposición de las variantes que se han ido dando en la Fiesta taurina por la personal influencia de sus actores, fué deslizándose en la pantalla levantada por la palabra de don Juan Pulgar.

Pasaron épocas y nombres, hasta detenerse en las tremendas tragedias de Talavera y Linares. Con un estudio profundo y perfecto, el doctor Pulgar presentó estos dos momentos, logrando un acabado perfil de "Joselito" y "Manolete"; aquél, frente a "Ballaor"; éste, frente a "Islero", y habida cuenta de lo que en cada uno constituía la norma de su toro, demostró con rotunda elegancia que ni "Ballaor" hubiera muerto a "Manolete" ni "Islero" hubiera acabado con "Joselito".

Épocas y lugares, personas y gestos, dieron paisaje y acción a la conferencia del doctor Pulgar, interrumpido en muchos de sus párrafos por ovaciones. Y al final, brillantísimo y lleno de emoción, al volver de

nuevo sobre "Manolete", en una apasionante descripción de los distintos momentos de su vida, levantó una gran salva de aplausos.

Una nueva confirmación de la valía del doctor Pulgar y un triunfo absoluto para el Club Taurino de Granada.

M. DANAGRA

En la fotografía aparecen, de derecha a izquierda, el gobernador civil, don Servando Fernández-Victorio; don Ramón Ortíz Meléndez-Valdés, presidente de la Diputación; don Eduardo Rojas Sánchez, coronel de Infantería y vicepresidente de la Diputación; don Astolin Cadenas, jefe superior de Policía; don Diego Garzón Martínez, vicepresidente del Club Taurino de Granada, y don Lorenzo Ruiz de Perálta y Angulla, capitán de Artillería y secretario del Club Taurino de Granada.

Tienda de erales para sementales en la ganadería de Tassara

El encierro. Los becerros entrando en el corral conducidos por los ballistas

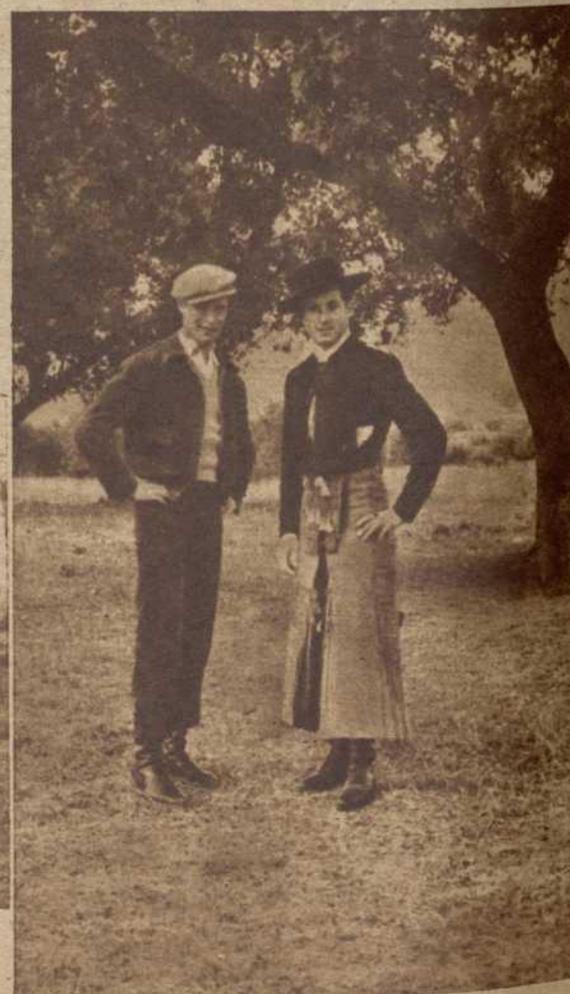
Pepín y su primo el novillero Manolo Carmona en un descanso



El ganadero y Pepín Martín Vázquez con otros concurrentes a la fiesta campera



Pepín Martín Vázquez se entrena con una becerro



Las tradicionales fiestas de Carnaval en Ciudad Rodrigo



El tamborilero anuncia el comienzo de las fiestas



Las presidentas
(Fotos Prieto)

Este año han dado comienzo con una corrida benéfica, cuyos ingresos se destinan al Asilo de Ancianos Desamparados y al Santo Hospital de la Pasión

El sábado, día 26, se lidiaron cinco toros de las ganaderías de D. Atanasio Fernández y D. Cipriano Santos por Juan-Mari Pérez Tabernero, Antonio Sánchez de Sepúlveda, Manolito Santos y el «Titi»



Juan-Mari Pérez Tabernero en un adorno



Alipio Pérez Tabernero se dobla bien con el atanasio



El novillero local Manolito Santos, con un «barbas»... y sin picar



Un pase afarelado del «Titi»

Antonio Sánchez Sepúlveda en un farel





MANOLO VAZQUEZ,

hermano de PEPE LUIS
y continuador de su arte



Manolo Vázquez es, por decirlo así, el torero nuevo. Hermano de Pepe Luis, continuador de su arte y de su gracia torera, a Manolo Vázquez le han bastado, en la temporada anterior, ocho o diez novilladas para pasar de becerrista a novillero puntero.

Sus triunfos, en cuantas fiestas tomó parte, son el cartel con que se presenta a esta campaña, en la que va a realizar mayores empeños. La solera de la casa y su decisión constituyen la mejor garantía de su actuación futura, y en ella confían los aficionados. Valor y «clase». Esos son los poderes con que Manolo Vázquez pide paso.





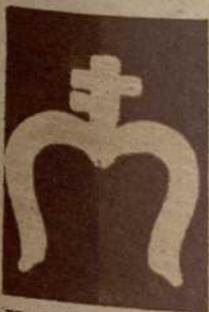
Fracaso de «Oruga»

176. S. G. V. Sevilla. — Bien dice Baltasar Gracián, en su «Oráculo manual», que «saber poco y arriesgarse es voluntario precipicio», y en éste cayeron por tal causa los tres toreros de quienes nos pide usted noticias. Tan insignificantes fueron, que se ignoran las fechas de sus nacimientos respectivos. De Antonio Pastrana, «El Peruano», encontrará usted cuantos datos podríamos darle leyendo el artículo «Sustancia del apodo y crédito del artificio», publicado en el núm. 184 de EL RUEDO, correspondiente al 1 de enero de 1948. Jacinto Padilla, «El Mulato Mery» era un torero de color que se presentó en la Plaza de Madrid el 8 de agosto de 1881, acompañado de Germán Suárez y Francisco Parrondo («Oruga»), y fué tan poco lo que hizo de provecho que se le hundieron las ilusiones que pudiera abrigar al echarle al corral un novillo muy bravo en la misma Plaza el 7 de enero de 1883. Y en cuanto a José Romero, «El Chulo», no pasó de ser un banderillero, y puntillero a ratos, en los años comprendidos de 1878 a 1883, de quien dijo Sánchez de Neira, en su «Gran Diccionario Taurómico», que se había quedado muy atrás en su profesión porque «no le acompañaban ni la voluntad ni la constancia».

A los tres, como a tantos otros, se les pudo aplicar aquella «humorada» de Campoamor, que dice:

*Teme a las ilusiones,
que es peor la ilusión que las pasiones.*

177. T. M. U.—Madrid.—Su deseo de conocer los toros más famosos de Murube suponemos que se contrae solamente a la época que abarca la posesión de tal vacada por la casa expresada familia, o sea, desde que adquiere don Antonio Murube parte de la que fué de Arias Saavedra y la de don Manuel Suárez, hasta que doña Tomasa Escribano, viuda de don Joaquín Murube (hijo de don Antonio), la vendió en 1917 a doña Carmen de Federico, excepto noventa vacas y tres sementales que adquirió don Juan Contreras. En esos cincuenta y cuatro años, que son los de la existencia de la casa ganadera de Murube, fueron muchos los toros notables que dió su divisa, pues no en balde figuró en ese tiempo entre las más notables y señaladas; y a partir del 7 de abril de 1868, en cuya fecha se lidiaron por vez primera en Madrid a nombre de doña Dolores Monje (viuda del referido don Antonio), se sucedieron aquéllos en gran abundancia. Su lista sería por demás



Hierro de la ganadería de doña Carmen de Federico

extensa, y, por consiguiente, solamente citaremos algunos, a saber: «Marismeño», lidiado en Ronda el 21 de mayo de 1864; «Gubio», en Palencia, el 2 de septiembre de 1866; «Callesero», en Madrid, el 9 de octubre de 1868; «Cumbbrero», en Cádiz, el 29 de mayo de 1870; «Serranito», en Madrid, el 12 de septiembre de 1875; «Baratero», en Málaga, el 11 de junio de 1876; «Carneruno», en Valencia, el 23 de julio de 1877; «Guñaposos», en Barcelona, el 11 de mayo de 1879; «Carpintero», en Sevilla, el 16 de abril de 1882; «Currito», en Bilbao, el 14 de agosto del mismo año; «Finito», en Málaga, el 17 de julio de 1884; «Manzanito», en Sevilla, el 9 de junio de 1887 (a cuya res le perdonaron la vida



Doctor Serra

tanto por su bravura arrolladora como por inutilizar a todos los picadores); los lidiados en la corrida de la feria de Valencia el año 1893, que ganaron el premio señalado para los más bravos de dicho ciclo de corridas; los lidiados en Bilbao el 22 de agosto de 1904, entre los cuales hubo dos de bandera, cuyos nombres ignoramos, y cuyo conjunto se disputó como la mejor corrida de aquella temporada; «Escarpelo», en San Sebastián, el 16 de septiembre de 1909, ganador del premio de otro concurso; la corrida del 23 de agosto del mismo año en Bilbao, verdaderamente extraordinaria, etc., etc. En la primera decena del presente siglo fué la ganadería que más toros bravos dió a las Plazas, en proporción relativa con los que se lidiaron; pero cuando, en 1917, la vendió doña Tomasa Escribano a doña Carmen de Federico, llevaba cinco o seis años algo descuidada. No obstante, como su base era de primer orden, su nueva propietaria la puso en seguida en el alto crédito que siempre disfrutó, el cual sigue manteniendo don Antonio Urquijo, actual poseedor, por herencia de su madre, la repetida doña Carmen, fallecida en San Sebastián el 30 de septiembre de 1946. No mencionamos los toros notables desde 1917 a la fecha porque desde tal año ya no son de Murube.

Vamos ahora con los seudónimos:

«El Terrible Pérez» es don Rogelio Pérez, crítico del «Diario de Lisboa»; Saraiva Lima no es sobrenombre, sino los apellidos del cronista taurino lisboeta que escribe en el «Diario Popular» de dicha capital portuguesa; la firma Doctor Serra tampoco es seudónimo, pues se trata del eminente cirujano de Valencia don Francisco de P. Serra, autor de la obra «Traumatología», publicada en el año 1945; tras el seudónimo «K-Hito» se oculta don Ricardo García, y el de «Don Justo» pertenece a don Isidro Amorós.

Los números 130, 131 y 132 de EL RUEDO —los dos primeros singularmente— constituyen la preocupación de varios coleccionistas, de la que también participamos nosotros; pero hasta la fecha no nos ha sido posible reeditarlos.

178. J. M. P. Málaga. — El espectáculo taurino a que usted se refiere, celebrado en esa ciudad en el año 1904, fué una novillada y no una corrida de toros, pues aunque tomaron parte en ella (mano a mano) Angel Carmona, «Camisero», y Manuel González, «Rerre», ambos eran novilleros a la sazón, ya que no tomaron la alternativa hasta el mes siguiente, el primero, en Huelva, y el segundo, en Córdoba. Se efectuó dicha novillada con fecha 14 de agosto del expresado año 1904, con escasa concurrencia, y se lidiaron seis astados de la ganadería de don Anastasio Martín, que dieron mal juego. El «Camisero» realizó con los dos primeros suyos faenas deslucidas; clavó al quinto un soberbio par de rehiletes, al quiebro, previó cite sentado en una silla, y fué objeto de una gran ovación; hizo al mismo bicho una buena labor con la muleta, y aunque resultó caída la estocada que recató, le concedieron la oreja. Y en cuanto al «Rerre», podemos decirle que no mató más que dos toros, porque su primero (segundo de la tarde) persiguió de salida a un banderillero, y al rematar en tablas dió contra éstas tan fuerte testarazo que arrió inmediatamente por efecto del mismo. Al cuarto le hizo una faena vulgar, y, tras un pinchazo, recató una estocada tan su-



Manuel González, «Rerre»

perior que fué ovacionado y le dieron la oreja. En el sexto se portó medianamente. Respecto a los números 130 y 131 de EL RUEDO, vea lo que decimos en la respuesta anterior.

179. J. B. R. Madrid. — Don Rafael José Barbero, vecino de Córdoba, formó su ganadería, poco antes de mediar el siglo pasado, con vacas manchegas de raza jijona (de don José Jijón) que compró a don Alvaro Muñoz y sementales que procedían de la famosa de Cabrera. Lidiáronse por vez primera en Madrid como nuevos (solamente tres en una corrida de ocho), el 19 de septiembre de 1851, llamados «Jabali», «Turrón» y «Cabezudo», luciendo divisa encarnada, blanca y amarilla; merced a los dispendios y al esmero de dicho don Rafael, figuró tal vacada entre las más notables de su época, habiendo pasado a la historia como toros célebres de la misma: «Calzonero», lidiado en Córdoba el 2 de junio de 1857; «Cochinito», en Cádiz, el 25 de julio de 1862; «Molinero», «Cerrajero», «Capuchino» y «Camama», en la misma Plaza de Cádiz, el 17 de abril de 1865, y «Carcelero», igualmente en el ruedo gaditano, el 11 de junio de 1866; en el año 1870 vendió don Rafael la ganadería a su tocayo don Rafael Laffite y Castro, quien juntó a tal propiedad otros elementos, entre ellos, el proveniente del duque de San Lorenzo; dicho conjunto del señor Laffite fué vendido por éste en 1885 a don Carlos Conradi, el cual vendió a su vez, al poco tiempo, la parte del duque de San Lorenzo a don Felipe de Pablo Romero, y la de Barbero, a don Joaquín Gallardo, ambos de Sevilla; este señor Gallardo la dividió, cediendo en venta una parte a don Juan González Nandín y dejando otra en herencia a su hijo, don Francisco Gallardo; de manos de este señor, y como procedentes de don Rafael José Barbero, adquirió tales productos, con todos sus derechos, en 1891, don José Moreno Santamaría, quien aumentó a tal ganadería otra que había empezado a formar... En conclusión: que con todos estos trasiegos de ventas, aumentos, herencias y derivaciones (algunas de las cuales no citamos para no ser prolijos), puede considerarse como una derivación de lo que fué ganadería de don Rafael José Barbero la actual de F. Rufino y Moreno Santamaría, de Sevilla. Para evitar confusiones y anacronismos, bueno es que tenga usted en cuenta que la ganadería que en el siglo actual fué de don Julio Laffite nada tiene que ver con la de don Rafael Laffite, mencionada al historiar la de Barbero.



Hierro de la ganadería de Conradi



Hierro de la ganadería de González Nandín

SIEMPRE SE EXAGERA

Con dirección a una población francesa, donde tenía que torear, viajaba el famoso espada «Curro Cúchares» con su cuadrilla, y, pasada la frontera, despertó bruscamente y preguntó:

—¿Aónde estamos?

Y el banderillero manchego Matias Muñiz, después de deletrear un rótulo colocado sobre la puerta de salida de la estación francesa donde había parado el tren, respondió:

—Estamos en «Sorties» (Salida).

Volvió a dormirse «Cúchares»; y como, al poco rato, se detuviera nuevamente el convoy, abrió otra vez los ojos, miró al exterior, y, al ver un letrero igual al de antes y creyendo que se trataba del mismo, no pudo contenerse, y exclamó:

—Tanto había de que los trenes franchutes corren más que el viento ¡y entoavía estamos en «Sorties»!



HACE UN SIGLO

LA "FUNCION DE TOROS"

(Explicada por VAN-HALEN)

Antecedentes históricos.- La "impresión de disgusto" de la reina Isabel.- Creación de las primeras suertes. Costumbres arraigadas de "tantos" siglos.- Ya se corrían toros hacia el año 1100

(Continuación)

Se corrieron toros, y no pocas veces, en el real del famoso sitio de Granada, al mismo tiempo que en la Plaza de Bibarrambra, dentro de aquella hermosa ciudad, los caballeros moros hacían la misma fiesta, habiendo entre ellos celebradísimo rejoneadores.

Lanzados de España los árabes, finalizado el reinado de los Reyes Católicos, recibió la nación en su trono una nueva dinastía, que, aunque extranjera, lejos de privarla de su favorita diversión, la animó más, y trató de hacerla más espléndida, ocupándose el mismo príncipe don Carlos, el invicto y grande Emperador, en lancear toros, tanto, que mató uno, de una sola lanzada, en la Plaza de Valladolid, cuando las funciones reales por el nacimiento de su hijo don Felipe. No había caballero que no hubiese hecho prueba de su valor rejoneando toros, y sobresalieron tantos en la destreza de esta suerte, que han dejado su fama de célebres toreadores don Diego Ramírez de Haro, que daba lanzadas al galope sin vendar los ojos al caballo; el famoso don Francisco Pizarro, conquistador del Perú, que rejoneaba con tal destreza, que jamás necesitó diestros al lado para salir airoso de la suerte, y otros muchos que enumera detenidamente Tapia y Salcedo en su libro de ejercicios a la jineta publicado en 1640. Nada se dice de la afición que a los toros tuvieron Felipe II y III, no así de Felipe IV, en cuyo tiempo llegó el toreo en la nobleza a ser una exigencia de sociedad, como el bailar en un sarao. Cuando casó este monarca con doña Isabel de Borbón, siendo aun príncipe, entre los festejos que se dispusieron en Burgos para recibir dignamente a esta señora, se cuenta la corrida de toros, pues dice la misma crónica de tan galante monarca, escrita por don Gonzalo de Céspedes y Meneses: "Después de cena, la ciudad la regocijó con una máscara, y el lunes, con valientes toros y juegos de cañas." Sabido es que el mismo Felipe IV jugaba la lanza contra los toros con mucha maestría, y que en su reinado fueron tan frecuentes estas fiestas, que en cualquier acontecimiento se encontraba motivo para las corridas de toros. La Plaza Mayor de Madrid ofrecía ya, al adornarla para estas funciones, un hermoso espectáculo, parecido al que presenta en nuestros días cuando se transforma en cerco para funciones reales. En las grandes fiestas que se hicieron cuando se halló en Madrid el príncipe de Gales, se alhajó la plaza con el más exquisito gusto, y a pesar de las muchas ventanas y balcones, no bastaban para la muchedumbre, la cual ocupó los andamios o tendidos construidos al efecto. Colocados los reyes en su balcón y toda la Corte ocupando sus asientos, entraron veinticuatro carros a regar el cerco, y detrás, a despejarle, dos alguaciles de Corte, siguiéndoles después el trompeta mayor, los atabales, sesenta trompetas y clarines y veinticuatro chirimías, todos con librea del rey, que fué en aquel día de raso nacarado con bordados y galaneaduras de plata y cabos negros, forradas de belillo; los plumajes, negros y encarnados, con remates de plata. Entraron después los caballeros reales con el caballo que había de correr el rey; los pajes, cuatro herradores y palafranos, con diez caballos más ricamente enjaezados; luego, doscientos criados de Palacio; unos, con librea del rey; otros, a la morisca, llevando doce acémilas con cañas, rejones y lanzas para la corrida, cubiertas de ricos reposteros carmesíes, cordones de seda y oro, bridas y petrales de finísima plata; los penachos, negros y encarnados, llenos de varia argentería. Siguiéron después diez cuadrillas, con sus Empresas, letras, divisas y colores: la de la villa de Madrid, así como todas las demás, llevaba a su cabeza cuatro trompetas; era su librea nacarado y plata, y los caballos, veinticuatro; la de don Duarte de Berganza, leonado y plata, y treinta y seis caballos; la de don Pedro de Toledo, raso dorado y oro fino, con otros treinta y seis caballos; el almirante de Castilla llevaba treinta

y dos caballos, y sus colores, negro y oro; el conde de Monterrey, de blanco y oro, con cincuenta caballos; el marqués de Castel-Rodrigo, de verde y plata, y cuarenta y dos caballos; la de los duques de Cea y Sesar, de verde y oro con remates azules, y setenta caballos; toda esta comitiva dió dos vueltas a la plaza, lo que duró cerca de hora y media; en seguida se corrieron toros, poniendo rejones, sorteándolos y estoqueándolos muchos caballeros de aquella Corte, entre los que podemos nombrar los de Velada, Villamor, Maqueda, Ozeta, Sástago, Zarate, Riaño, Villamediana, Cea, Santillana y el mismo Felipe IV. En esta ligera relación de las funciones reales de aquella época vemos la suntuosidad con que se hacían.

Regularizado algún tanto el toreo, los jinetes tenían ya algunas reglas para recibir la res y salir del empeño airoso, sirviéndolo de mucho las "Advertencias para el torear", que imprimió en Madrid don Luis de Irejo, caballero del Hábito de Santiago. Es de advertir que los caballeros toreaban siempre a caballo, y solamente en el caso de "empeño de a pie", que así se llamaba, se les veía dejar su cabalgadura; esto era, por lo regular, cuando, habiendo roto la lanza o los rejones, echaban mano a la espada, para concluir con el toro, o en caso de que éste les hubiera muerto el caballo, pues entonces no debían tomar otro hasta darle muerte. Cuéntanse en este lance diferentes hazañas de varios caballeros que derribaron la cabeza del toro de una sola cuchillada, entre ellos, don Manrique de Lara y don Juan Chacón; esto, aunque parezca dudoso, puede ser verosímil, si se atiende a la pesadez de las espadas y mandobles que usarían para este caso: lo que no atinamos cómo se armarían para esta suerte tan falsa y dudosa.

El poeta Taralla celebra la habilidad de dos caballeros aragoneses, llamados Pueyo y Suazo, que rejonearon en una corrida en Zaragoza delante del segundo don Juan de Austria. Estos dos caballeros, así como el marqués de Mondéjar, el conde de Tendilla y el duque de Medinaceli, decían que "no importaba que el caballo estuviese bien o mal cinchado, pues la verdadera cincha habían de ser las piernas del jinete".

En el reinado de Carlos II continuó la misma afición por los toros entre los nobles, creciendo cada día más en el pueblo, el cual estaba excluido de tomar parte en ella. Dicese que en las bodas de este monarca varios grandes mataron a toros a rejonazos, entre ellos, Rivadavia y Camarasa; en fin, la fiesta de correr toros, hasta aquí había sido una cosa galante y noble y que atestiguaba el valor y destreza de nuestros grandes y ricos-hombres; ninguna nación ha presentado el espectáculo animado del cerco, ninguna ha visto las elegantes cuadrillas rodear a su señor, que lleno de entusiasmo caballeresco, llegaba a la res, con la que compartía en bravura, y el pueblo, agolpado al palenque, en silencio, veía la arrogancia de sus nobles, prorrumpiendo después en vivas aclamaciones; pero la subida al trono español de la Casa francesa mudó de aspecto totalmente esta función, como el de casi toda la Monarquía. Felipe V, el primer Borbón que reinó en España, mostró tal aversión a los toros y la manifestó en su Corte tan a las claras, que la nobleza se contuvo en su afición por no disgustarle, o porque ya no tenía aquella gallardía, aquel prestigio que tanto la encumbró en los anteriores siglos; contentábanse con lidiar casi a

ESPAÑA

PINTORESCA Y ARTÍSTICA

DE

VAN-HALEN.

Funcion de Toros.



EDICION DE MADRID.

DIRECCION: PLAZA DE LA VILA, N.º 103, CUARTO SEGUNDO.

escondidas en sus vacadas algunas reses; de este modo estuvo como amortiguada por algún tiempo la función, atrasando mucho en las reglas que ya empezaban a nacer para tan difícil ejercicio. Cerradas las puertas del clero ya a la nobleza, y creciendo en el pueblo cada día más la afición, sin duda por lo mismo que no eran tan frecuentes estos espectáculos, se dió entrada a la gente de baja esfera, que por el dinero lidiaban bárbaramente algunos toros, haciéndoles suertes, ya a pie o a caballo, sin reglas ni perfección, y desajretando inhumanamente a la res, para darle muerte desde las tablas con lanzones y garrochas. Introjose después el capeo, que, aunque ya conocido, no estaba generalizado; más adelante se ideó ponerle los rejoncillos, que son los que en el día usan los caballeros en plaza en las fiestas reales, y esto introdujo el banderillear, poniendo un solo rejoncillo, al que llamaron reglete o harpón, aunque éste era algo más grande; salieron algunos en esta época a poner parches y hacer algunos recortes al toro, lo que fué sumamente aplaudido. Crecía por momentos en el pueblo la afición a los toros, y cada día salían con algún nuevo engaño o suerte nueva, hasta que el antiguo Francisco Romero, natural de Ronda y de la misma familia de los Romero que vinieron después, perfeccionó mucho el toreo y dejó introducida la suerte de la espada, con las mayores prevenciones para resguardar el cuerpo de las cornadas, con traje de ante bien acolchado. Recibió el público con general aceptación y muestras de entusiasmo esta suerte tan nueva, así como las varas que introdujeron los jinetes, sus tituyéndose al rejoncillo, y vistiendo la pierna con algún resguardo de hierro, que en el día le llaman "mona" o espinillera, y en su origen se llamó la gregoriana, por haberla inventado, en el siglo anterior, don Gregorio Gallo, caballero de Su Majestad y de la Orden de Santiago. Y los toros volvieron a tener vida, aunque era ejercicio de la plebe, cuando el rey Carlos III los prohibió, y así estuvieron algún tiempo, hasta que, vueltos a renacer, han seguido sin interrupción hasta el día, salvo algunas pequeñas temporadas, que se ha querido intentar suspender una fiesta peculiar del carácter español, y que jamás podrá desarrárgase de nuestro suelo.

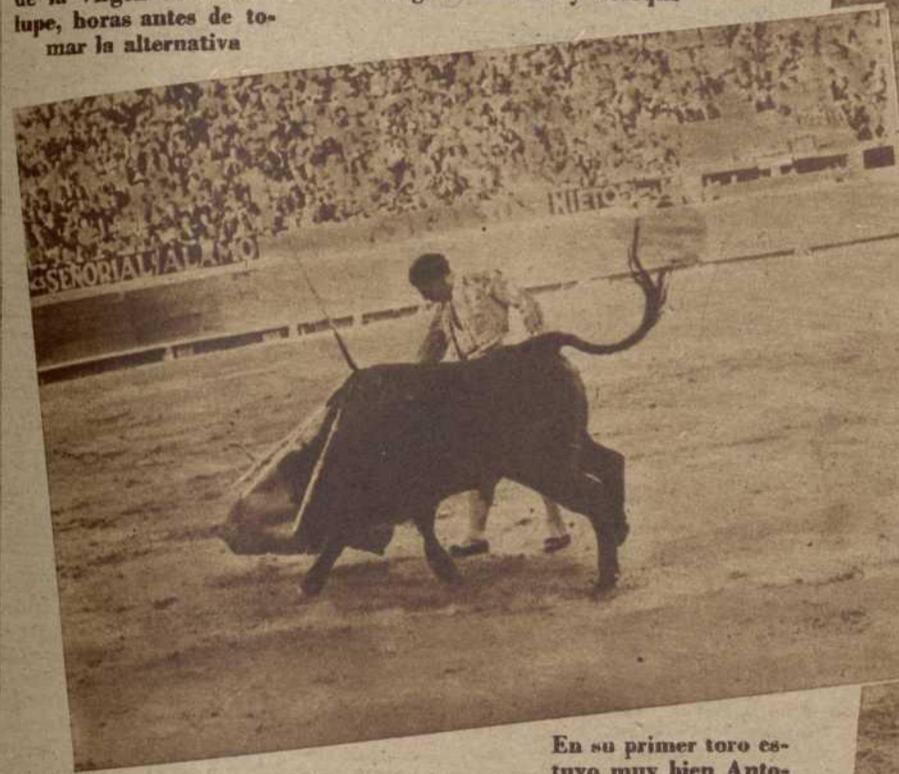
(Continuá.)

DÉCIMA CORRIDA de la TEMPORADA en MÉJICO
Alternativa de ALÍ GÓMEZ, que alternó con
LORENZO GARZA y ANTONIO VELAZQUEZ



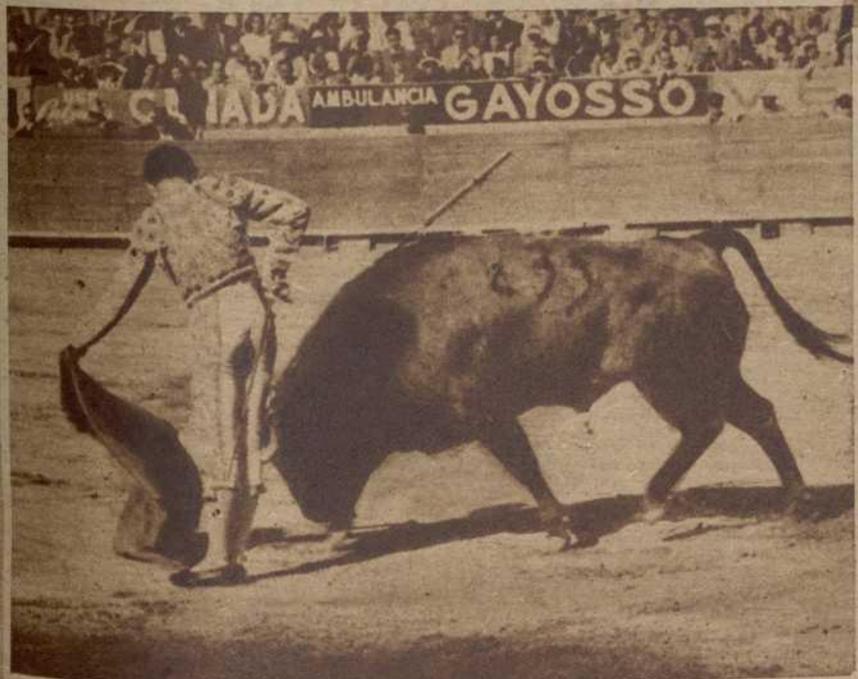
El venezolano Ali Gómez oró ante la imagen de la Virgen de Guadalupe, horas antes de tomar la alternativa

Lorenzo Garza abraza al nuevo matador de toros, después de haberle entregado muleta y estoque



Garza, que no pasó de regular en esta corrida, en un buen muletazo con la derecha

En su primer toro estuvo muy bien Antonio Velázquez, que dió la vuelta al ruedo

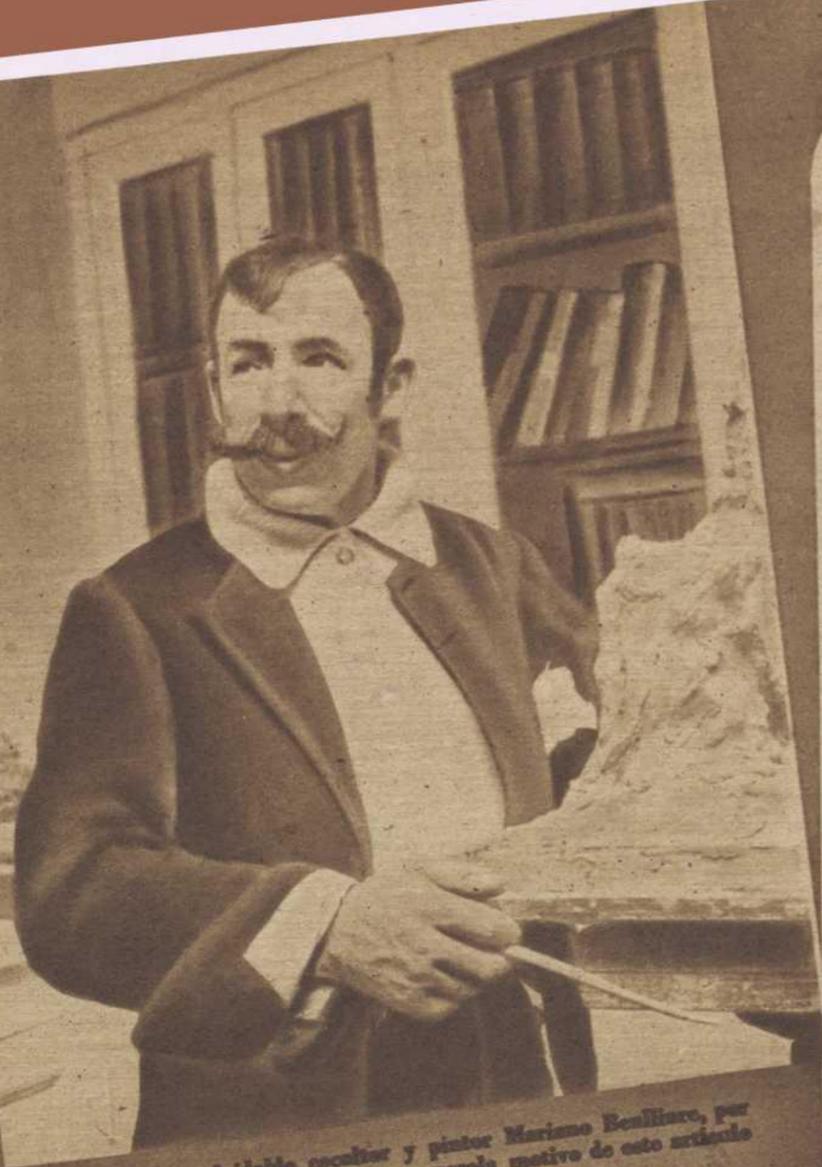


Un natural de Ali Gómez al toro «Curro», al que hizo una faena que fué muy aplaudida

Un forzado de pecho del venezolano Ali Gómez. El nuevo espada dió la vuelta al ruedo en sus dos toros



(Fotos Cifra, exclusivas para EL RUEDO)



El insigne e inolvidable escultor y pintor Mariano Benlliure, por los años en que pintó en Roma la acuarela motivo de este artículo

* EL ARTE Y LOS TOROS *

ANTE UNA ACUARELA TAURINA DE MARIANO BENLLIURE



Para la suerte de varas
M. Benlliure

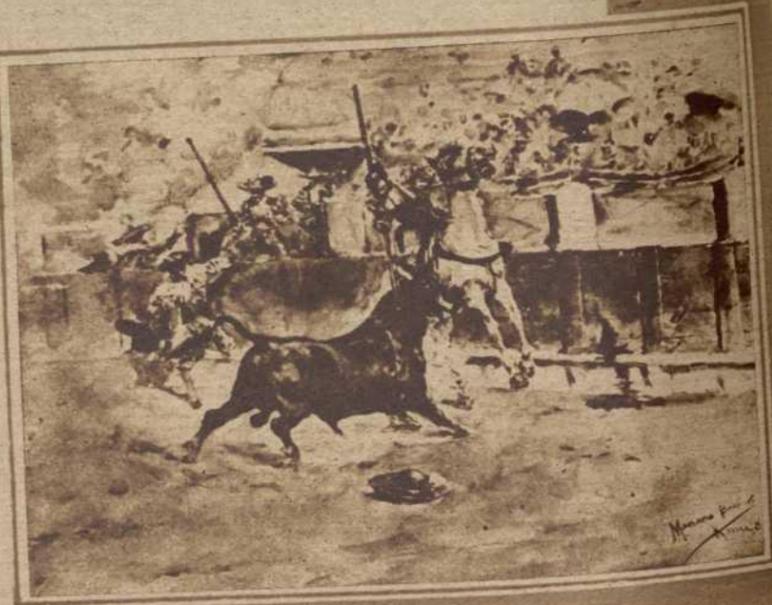
A la distancia de más de un año de su muerte, cuando ya su venerable ancianidad creadora empieza a diluirse en las sombras perdidas de aquella actualidad permanente en que vivió el maestro de escultores, nos parece que su recuerdo se va avivando más en nuestra memoria, y, cosa rara, más fielmente lo evocamos y sentimos la pesadumbre de su ausencia.

Ahora, en esta quietud de nuestro estudio de trabajo, rodeado de algunas otras suyas, hemos sentido el deseo de hallar de nuevo de él, tal vez porque nunca consideraremos haber hallado entre su personalidad y su obra demasiado. De un lado, pues, evocamos al escultor genial, y de otro al pintor taurino, al artista enormemente enamorado de nuestra Fiesta nacional, a la que él dedicó no pocas horas de su trabajo y de su entusiasmo. Y ese afán sentimental y evocativo nos ha llevado hoy a comentar el proceso ejecutivo de una de sus obras pictóricas más conocida y divulgada: «La suerte de varas», acuarela realizada en Roma en el año 1884, cuando Benlliure en la Ciudad Eterna buscaba en los grandes maestros clásicos la gran lección escultórica de arte y de belleza que había de ser norma y estilo de su producción subsiguiente. En Roma, a la sombra de Miguel Angel, de Bernini, de Canova, cuando no con el reflejo, en sus pupilas, de las pinturas de Giorgione, de Tintoretto, de Ticiano o de Veronés, la obra del maestro se va apuntando ya, consolidando con sus reminiscencias clásicas, con la belleza de su estilo, con la pureza de la más exigente, pero no caprichosa, estética. En aquellos años, casi finales del pasado siglo, sale Benlliure que toda revolución, toda innovación en el estilo, no puede salirse de ciertos límites, y hasta ellos llega el artista valenciano, imprimiendo a su obra la vigorosa fortaleza plástica que la caracterizara.

Benlliure lleva a Roma unas carpetas de apuntes, unos bosquejos pintorescos que ha captado su lápiz del natural, y entre ellos una porción de impresiones taurinas recogidas en la misma Plaza, frente a frente al espectáculo más colorístico y luminoso que existe y que a la vez le sujeta, le atrae y le apasiona. Son notas rápidas, impresiones fugaces, emociones espontáneas de un espectador que ve el festejo como español y como artista. Entre todos estos apuntes va lo que pudiéramos considerar el boceto de su acuarela «La suerte de varas». Son tres aspectos, tres impresiones distintas, tres posturas de jinete, caballo y toro, y hasta de torero al quite, que luego, al realizar la pintura definitiva variará notablemente de posición. Entenderá Benlliure, al modificarla del original, que hay otra elegancia en el grupo, un mejor sentido de la composición, una mayor impresionalidad en la escena, en el momento surgido. Y así es, en efecto. Hay una movilidad mayor, una mejor comprensión y visibilidad de la suerte o faena como él la realizó gráficamente que como en realidad la vieron sus ojos desde su localidad de barrera.

Tal vez este afán por los toros desde lejanas tierras italianas no fuera sino el deseo de españolizarse en país extranjero, de españolizar su alma y su espíritu, sus gustos y aficiones que se mantenían vivas y latentes, aun a pesar de la idiosincrasia de un pueblo temperalmente distinto al nuestro. El quiso siempre mantener despierto el fervor y el recuerdo para su patria lejana, para su huerta querida de Valencia, que adoraba, y cuya torre del «Miquelete» se levantaba orgullosa en el jardín perfumado de sus nostalgias, de su recuerdo. Todas estas pinturas taurinas —expansión espiritual de un auténtico y verdadero artista— serán como el prólogo de su producción escultórica, como el ensayo psicológico y ambiental de «La estocada de la tarde», de «El coleo» y de la gran serie «La tauromaquia» escultórica realizada por Benlliure en sus últimos tiempos. Recordar, comentando, la obra de Benlliure, será siempre y en todo momento labor grata, por cuanto nos parecerá que con ello rendimos un público homenaje a la memoria de un artista que tanto hizo por la buena estética y por la belleza de la Fiesta de toros.

MARIANO SANCHEZ DE PALACIOS



Apunte de Mariano Benlliure, que sirvió de boceto para su pintura «La suerte de varas» (Dibujo inédito)

«La suerte de varas». Acuarela de Benlliure, realizada en Roma en 1884

LA PEQUEÑA HISTORIA DE LOS BANDERILLEROS ACTUALES

Cuarenta años de vida taurina de BERNARDO MUÑOZ, "CARNICERITO DE MÁLAGA"

reses de Hidalgo, y de tal forma me arrimé, no sólo a mis toros, sino también a los de mis compañeros, que el público me aplaudió con calor, y la Empresa volvió a contratarme para el 4 de julio; esta vez no conseguí entusiasmar a nadie.

Desistió Retana de darme una tercera oportunidad, por lo que al año siguiente me puse en tratos con Plazuela, empresario de Vista Alegre. Después de mucho rogar me dió una corrida, y cómo estaría de lucido y temerario, que de esta actuación surgieron ocho corridas seguidas en la misma Plaza, quince en Madrid y catorce en las tres Plazas que a la sa-

es que, enfrentándome con ganado duro y difícil, conseguía triunfar. Triunfaba; pero a duras penas volvía a torear allí donde lo había conseguido. En Barcelona, el 11 de agosto de 1929, por cogida de Freg en el primero, hubo de matar seis toros de Palha, cortándoles a tres las orejas. En Jerez, al año siguiente, quedé solo en el ruedo ante un miura y cinco en los chiqueros, por accidentes de Maera y Márquez. Despaché la corrida de seis estocadas y un solo descabello, desorejando a cuatro enemigos.

Conozco la América taurina tan bien como el barrio del Perchel. Nueve veces fui contratado a Caracas, y siete a Lima, sin contar las correrías por Ecuador y Bolivia. De una sola de mis campañas volví a España con treinta y cinco mil duros, ganancia fabulosa por los años anteriores a nuestra guerra.

Las últimas veces que salí al frente de las cuadrillas fué en los finales de la temporada de 1934,

para liquidar los sobreros de Balañá, en un mano a mano con mi malogrado homónimo «Carnicerito de Méjico». Como cortáramos orejas en todos los toros, don Pedro me repitió con el mismo compañero, y una tercera, con Pedrucho, con idéntico éxito.

El año 35 salí a banderillar en la cuadrilla de Pepe Sánchez Megías. Seguí con él al año siguiente, sorprendiéndonos la guerra en Palma de Mallorca, de donde pude regresar a los tres meses a Sevilla, embarcado en un buque con bandera inglesa.

La temporada de 1940 la hice en la cuadrilla de Paquito Casado. A continuación, dos años con Manolo Martín Vázquez; 43 y 44, con Miguel del Pino; 45 y 46, con mi gran amigo y protector don Alvaro Domecq. La temporada de 1947 la hice con el nunca bastante llorado «Manolete». Iba muy a gusto con él, y él me llevaba, más por cariño que por necesidad, «Islero», al



«Carnicerito de Málaga»
(Dibujo de E. Segura)

Si yo soy o no el héroe de mi propia historia, el lector lo sabrá si cuenta con suficiente paciencia para llegar hasta el final de esta página. Antes de pasar adelante debo manifestar que, según me dijeron, nací un miércoles del mes de abril de 1892, a las doce de la noche, habiendo observado los presentes que el reloj empezó a tocar sus doce campanadas y yo a llorar simultáneamente.

Nací en esa tierra de privilegio del cielo y del sol que se llama Málaga. Mi padre, muy atareado en negocios de tratante de ganado para carne, intentó contagiarme sus actividades, consiguiendo tan sólo inclinarme hacia lo que él menos pensaba: hacia el toreo. Empecé toreando las reses que me hacían conducir al matadero, para concluir toreando cuanto ganado se me presentara a tiro. Siendo todavía un chico nos trasladamos a Jerez de la Frontera en busca de mejores oportunidades para la buena marcha del negocio familiar.

Erre que erre, a los quince años me tercié una capichuela, metí en un pañuelo de hierbas los bártulos de torear, amén de un pan y una ristra de chorizos que lampé de la despensa, y unas leguas con billete de tope y otras en «el coche de San Fernando» me planté en Torreperojil (Jaén), para despachar, en sustitución del espada contratado, dos toros de la marquesa de Cuya, ganadera de La Carolina. Para ser la primera vez que me ponía ante ganado bravo quedé muy decorosamente, y esto me hizo aumentar los deseos de continuar por el camino emprendido.

A continuación vinieron cuatro años de capeas pródigos en sinsabores. En Castellar de la Sierra, pueblo jienense, «un gayumbo» de seis años me cogió a placer en medio del improvisado ruedo. Abrieron la puerta de chiqueros entrándome hasta ellos colgado de un pitón. Saqué del lance la rotura de varias costillas y una brecha enorme que cruzándose el pecho dejaba al descubierto vasos vitales. Dejaronme por muerto sobre unos serones, pero como estaba de Dios que allí no acabaran mis días, la Providencia, en forma de un médico madrileño que accidentalmente recaló por allí, me salvó la vida.

Lejos de amilanarme, redoblé mis esfuerzos por salir del amónimo, consiguiendo presentarme ante mis paisanos el 4 de mayo de 1913, en una novillada de don José María del Rey, con Alejandro Sáez «Ale» y José García «Alcalareño». Estuve decidido y sobrado de arrestos, por lo que no defraudé del todo. Al año siguiente, el 30 de septiembre, debuté en Sevilla, llevando de compañeros a «Corcito» y «Fortuna», los novillos fueron de Moreno Santamaría, quedando bien en uno y regular en el otro.

Hice mi aparición en Madrid, el 29 de junio de 1915, alternando con «Ale» y «Chenito». Lidiamos



Dos momentos de la actuación de «Carnicerito de Málaga», cuando era matador de toros

zón existían en Barcelona. Accidentada fué la corrida que toreé en Madrid, el 6 de junio de 1920, embalado ya en la cotización de novillero puntero. Hice el desfile con Casielles y «Jumillano». Al primero, de Villamarta, hubo que sustituirlo por otro de Flores. Cuando me hallaba toreándolo con mi mejor estilo, sufrí una colada, saliendo cogido y zarandeado de forma impresionante.

Por suerte, todo quedó en varetazos sin importancia y, en total, rotura de ropa exterior e interior. Disfrazado de arenero conseguí las dos mejores faenas en Madrid, abriéndome las puertas de la alternativa. Este acontecimiento tuvo por escenario el ruedo malagueño, el 1 de agosto de 1920, en corrida a beneficio de la Cruz Roja. Rafael «el Gallo», activó de padrino, rubricando el acto mi paisano Paco Madrid. El toro de mi alternativa, gordo y bien armado, se llamaba «Alevo-sc» y pertenecía a la vacada de Domecq. Esta temporada toreé catorce corridas, entre ellas la de la confirmación, en la que Luis Freg, el 3 de octubre, me cedió los trastos para matar a «Tramillero», negro, bragado, con la divisa de Guadalet. Hube de matar cuatro toros por cogidas del padrino y de Pepe Valencia, que era el testigo, y, aun cuando llevaba una herida sin cicatrizar en el muslo derecho, me ovacionaron en todos los toros.

A partir de aquí, la suerte comenzó a serme esquivar. Y no es que yo toreaese desgano y desprovisto de afición. Buena prueba de lo contrario



que apuntillé llorando lágrimas de impotencia, se me llevó un amigo y un beneficio económico. Manolo quería darme una corrida en Jerez, en la que todos los ingresos revertieran a mi bolsillo. Al enterarse don Pedro Balañá, se ofreció a darme su Plaza gratis, e incluso a asegurarme un mínimo de treinta mil duros. Todos los planes se esfumaron al quedar el toreo sin uno de los hombres que más lo enaltecieron, y yo sin el amigo cabal e insustituible.

Ahora, a los cuarenta años de bragar por los ruedos de la vida, tan sólo pido a Dios que mi hijo tenga, con la misma suerte que yo, mejor fortuna. «Carnicerito de Málaga» ha vivido una de las épocas más interesantes del toreo. Desde «Ale», «Jumillano» y «Corcito», o desaparecidos o retirados, hasta el infortunado «Manolete», Bernardo Muñoz es una historia auténtica de este arte terrible y magnífico de la lidia de reses bravas.

Por la transcripción,
F. MENDO



José Rodríguez, «Pepete».—En el pase de pañuelo